

Sophie Saint Rose



Mi

acosadora

Mi acosadora
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Raychel miró su reloj en cuanto salió del metro. Sino se daba prisa, esa mañana no vería a Denley. Ansiosa corrió lo que le permitían sus zapatos de tacón, para cruzar las cuatro calles que la llevarían hasta la oficina. Al torcer la última esquina sonrió porque su chofer no estaba hablando con el portero como hacía todas las mañanas, lo que significaba que todavía no habían llegado. Se miró en el cristal del escaparate que tenía a su lado y gimió porque sus rizos castaños se habían soltado de su coleta. A toda prisa se quitó la goma y revolvió el cabello que llegaba hasta sus hombros — ¡Malditos rizos!

Una mujer que pasó a su lado, se la quedó mirando como si estuviera chiflada y se sonrojó disimulando, mirándose el vestido azul que llevaba debajo de su abrigo —Tienes que ponerte a dieta. —le dijo a la imagen del espejo. Le sobraban cinco kilos. Eso quedándose corta. Pero era incapaz de ponerse a dieta. —Dichosos michelines.

—Bonitas tetas. — dijo un hombre trajeado que pasó a su lado, cuando sin darse cuenta pasaba las manos por su vientre alisando las arrugas.

Se puso como un tomate y se cubrió con el abrigo. El muy descarado le guiñó un ojo. No es que fuera muy guapo, pero definitivamente no estaba mal. Sonriendo él siguió su camino y Raychel vio llegar a lo lejos el Mercedes negro de su jefe.

Olvidándose de aquel tipo, cruzó la calle sonriendo, deseando saber qué traje llevaba ese día. Esperaba que fuera el gris claro. Ese le quedaba de muerte. Y con la corbata roja...— Salúdale como si nada. — se dijo para sí. Vio como su mano se apoyaban en el borde de la puerta antes de salir. A Raychel el corazón comenzó a palparle al ver su pelo negro y cuando salió, pudo comprobar que llevaba el traje azul —Ese también me gusta. — murmuró suspirando después. Ni se dio cuenta de que se había

detenido para observarlo y cuando el portero carraspeó a su lado, le miró confusa hasta que lo entendió —Buenos días, Lewis.

—Buenos días, señorita Turner. —respondió el hombre irónico — Bonito día, ¿verdad?

Denley Lambert entró en ese momento ignorándolos a ambos y Raychel prácticamente tuvo que correr tras él. El portero bufó al ver que le seguía, pero ella ni se dio cuenta porque estaba observando el abrigo azul que llevaba Denley colgado del brazo. Era nuevo.

Cuando llegaron hasta el ascensor ella le miró sonriendo, pero él pasaba de Raychel casi descaradamente mientras pulsaba la planta de sus oficinas— Buenos días, señor Lambert.

La miró con mala cara. No debía tener un buen día. — Señorita Turner...

—Hace una mañana estupenda para estar en octubre, ¿verdad?

—Sí, una mañana estupenda. — impaciente miró hacia las puertas metiéndose una mano en el bolsillo del pantalón.

—Ya he terminado las nuevas ilustraciones para las tarjetas de Navidad.

—Ya me lo dijo ayer... y antes de ayer también lo comentó.

—Es por si quiere encargarme otra cosa.

— ¿No tiene un jefe de departamento para eso?

—Me ha dicho que me dedique a las de los huevos de Pascua pero... — las puertas se abrieron y él salió del ascensor a toda pastilla, dejándola atrás como si la conversación no le interesara nada. Raychel dejó caer los hombros siguiéndole.

Denley abrió las puertas de cristal de diseños Lambert y no esperó a que ella pasara, soltando la puerta que casi le dio en las narices. Empujó la gran L que hacía de pomo y saludó con la cabeza a la recepcionista que levantó una ceja al verla, mientras seguía hablando por los cascos que tenía colocados en la cabeza.

Siguió por el pasillo decepcionada porque su jefe prácticamente había desaparecido. Al llegar al final del pasillo cubierto de moqueta granate, miró hacia la derecha que era la zona de dirección y Stella, la secretaria a de Denley, le guiñó un ojo— Buenos días, Raychel. — dijo la mujer con una agradable sonrisa.

Ella se acercó y abrió su gran bolso entregándole un pequeño paquete — Feliz cuarenta cumpleaños.

Stella cogió el paquete con cariño— Eres la primera que se ha acordado.

— ¿Y tu marido?

—Rob está un poco estresado en el trabajo. — respondió con pena.

—Seguro que te da una fantástica sorpresa esta noche. — dijo intentando animarla.

—Sí, seguro que sí. — abrió el paquete a toda prisa ilusionada y jadeó sorprendida al ver unos prendedores de plata —Son preciosos, Raychel...

—Los encontré en Internet. ¿Te gustan?

— ¿Qué si me gustan?— dijo apartando su cabello rubio y poniéndose uno— ¿Cómo me queda?

—Me encantan. Perfectos para ti.

—No debería aceptarlos...Han debido ser muy caros.

— ¡No digas tonterías! —se echó a reír— Soy experta en encontrar gangas, ¿recuerdas?

La miró emocionada con lágrimas en sus ojos marrones— Gracias. Siempre eres muy amable con todo el mundo.

—Tonterías. —se puso el asa del bolso al hombro y se volvió echando un vistazo a la puerta cerrada de su jefe— Me voy a trabajar.

— ¿Y dónde está mi tarjeta?— preguntó su amiga divertida.

—Ja, Ja.

Odiaba hacer tarjetas. Había estudiado bellas artes y lo único que quería era pintar, pero se decía que había que pagar las facturas, así que se dedicaba a realizar escenas de Navidad, de cumpleaños, de Pascua y mil cosas más para Lambert, que era una empresa que se encargaba de todo tipo de diseños. Desde idear un logo para una empresa, hasta diseñar la carta de un restaurante. Había millones de clientes potenciales y los trabajos a través de la red se habían multiplicado por mil en los últimos dos años. Los diseños de tarjetas era un minúsculo granito de arena en la empresa, pero era un granito muy sustancioso pues en la última Navidad habían vendido más de cincuenta millones de tarjetas en todo el país y eso sin mencionar las de cumpleaños, que era una venta continua durante todo el año. Por eso las tarjetas de felicitación tenían un departamento propio. Ella las dibujaba y su jefe de departamento se encargaba del slogan. Su jefe vivía a cuerpo de rey durante todo el año, porque sus geniales ideas eran Feliz Navidad y Te querré siempre para las de San Valentín. El muy

vago no se molestaba ni en buscar una idea original. Al menos le permitía cierta libertad creativa en su trabajo y ella podía desarrollar su imaginación. Era muy buena en su trabajo porque ninguna tarjeta se parecía a la anterior y eso por supuesto, lo sabían en la empresa. Aunque Denley nunca le había dicho una palabra de aliento en los dos años que llevaba trabajando en la empresa. Pero a ella eso le daba igual.

Desde que había entrado a trabajar allí con veinticinco años, estaba absolutamente loca por él. Le adoraba. No era tonta, sabía que un hombre como él no la miraría dos veces. Era como enamorarse de un actor de cine o de un cantante, les amas en la distancia sabiendo que nunca tendrás nada con ellos, pero aún así lo haces. Le observaba a menudo, subía en el ascensor con él con la esperanza de que le hablara, incluso un par de veces había ido hasta su casa para verle a través de la ventana, desde el otro lado de la calle. Era una fan. Muchos dirían que era una acosadora, pero ella no se consideraba eso. Que le enviara mails desde una dirección de correo falsa, era otra cosa que haría una admiradora secreta. Ella le abría su corazón desde el anonimato porque sabía que nunca sería su pareja. Y por supuesto no quería que la descubriera. Se moriría de la vergüenza. También le hacía regalos. En su cumpleaños y en Navidad. También en el día de los enamorados le enviaba un detallito. Sabía sus gustos pues se había encargado de interrogar a todo el mundo discretamente, aunque nunca le había visto con ninguno. La corbata de seda que le había regalado en su cumpleaños debía estar relegada en el armario, eso si la había abierto. Pero sólo quería que supiera que se acordaba de él, así que no le importaba que no usara sus regalos.

Al llegar a su oficina dejó su bolso en el cajón del escritorio y se quitó el abrigo colgándolo del perchero — ¡Raychel!— gritó su jefe desde la oficina de al lado.

Ella fue hasta allí gruñendo para sí y le vio sentado en su escritorio delante del ordenador. Esperaba que le jubilaran ese año y al fin librarse de él. Se había quitado la chaqueta del traje mostrando los gemelos de oro que llevaba. Eso le dio una idea para el regalo de Navidad de Denley — ¿Sí, señor Pingitore?

—Acabo de enviar las tarjetas de Navidad a impresión.

Eso la dejó con la boca abierta porque no había visto el resultado final con las frases. El muy inútil era capaz de haberlas escrito hasta con faltas de ortografía.

— ¡Pero señor! ¡No las he visto!

— Ya las he revisado yo.

Raychel se puso de los nervios. Como algo saliera mal, Denley se enfadaría y tenía muy malas pulgas. Era capaz de echarla.

— ¿Puede enseñármelas, por favor?— pidió muy seria.

El hombrecillo la miró con los ojos entrecerrados — ¡No tienes porque revisar mi trabajo! ¡Te recuerdo que aquí, soy yo el jefe!

Sólo porque había llegado primero, pensó ella cruzándose de brazos — No puede colocar la frase donde le dé la gana. Debe estar colocada sin romper la composición.

— Niña, sólo quería decirte que debes empezar a hacer las de San Valentín.

— Pero ayer me dijo que quería que empezara...

— ¡Hoy estás un poco pesada!— exclamó levantándose de su sillón— ¡Las de San Valentín!

— ¿Qué pasa aquí?— Raychel se sobresaltó al oír a Denley tras ellos, con el jefe de diseño de logotipos — ¿A qué vienen estos gritos?

El señor Pingitore se sonrojó — No ocurre nada. — respondió balbuceando— Disparidad de opiniones.

Raychel se también se sonrojó y se puso nerviosa mirándole de reojo. Se había quitado también la chaqueta del traje y llevaba las mangas de su camisa blanca enrolladas hasta los codos. Descartó los gemelos en ese momento. Tragó saliva al ver que todavía conservaba el moreno de sus vacaciones en la Riviera de ese verano.

— ¿Señorita Turner?

Levantó la vista hasta sus ojos grises y parpadeó — ¿Perdón?

La miró exasperado — ¡Qué me diga que ocurre!

— Oh. El señor Pingitore ha enviado las tarjetas de Navidad a impresión, sin que yo les haya dado el visto bueno.

Denley la miró confundido— Disculpe, ¿pero usted no es la artista y él es su jefe?

Se sonrojó por el reproche, pero aún así dijo— Así es, pero si el slogan está colocado en mal sitio puede estropear mi dibujo y...

— Ahí tiene razón, Denley. — dijo Garret Morrison tras su jefe. Ella sonrió y el hombre de la edad de Denley le guiñó un ojo. Hecho que su jefe vio y por cómo la fulminó con la mirada, no le había gustado un pelo.

— Eso también lo sabe el señor Pingitore, que lleva en este trabajo los

últimos cuarenta años.

—Pero...

Levantó la mano interrumpiéndola— Le aconsejo si quiere continuar en esta empresa, siga las directrices de su jefe.

Raychel enderezó los hombros y asintió con la cabeza desviando la mirada, pasando a su lado para salir del despacho. Garret se apartó y ella forzó una sonrisa para entrar en su despacho cerrando la puerta lentamente. Tomó aire y fue hasta la ventana para mirar al exterior. Se sentía dolida. No sólo porque ella siempre le trataba bien y él nunca daba una muestra amabilidad, sino que sabía que era muy buena en su trabajo y Denley no lo reconocía. Ni siquiera le había subido el sueldo cuando las ventas de sus tarjetas habían ascendido un doscientos por cien a las de su antecesor, que por cierto se había largado hartó del señor Pingitore.

Intentó relajarse. Necesitaba estar totalmente relajada para dibujar, así que cerró los ojos intentando olvidarlo. Escuchó voces en el despacho de al lado y entrecerró los ojos porque Denley estaba empezando a levantar la voz. De golpe se abrió su puerta y él estaba allí. Parecía furioso. Sus ojos la miraban como si todo fuera culpa suya y tenía los labios apretados.

— ¡Detenga la impresión y revise las tarjetas de Navidad!

Parpadeó sorprendida e iba a decir algo, cuando él se largó dejándola con la palabra en la boca.

Garret asomó la cabeza y le susurró sonriendo— Menuda chapuza ha hecho el viejo. Denley está que trina. —le guiñó el ojo y salió disparado detrás del jefe que le estaba llamando a gritos.

No pudo evitar sonreír. Que mono se ponía cuando se enfadaba, con su ceño fruncido y las chispas que le salían de los ojos — Se acaba de disculpar. —susurró sintiéndose muchísimo mejor.

Volvió al despacho del señor Pigitore. En cuanto la vio, dijo como si le estuvieran sacando una muela— Ya he llamado para suspender la impresión. —dejó una memoria usb sobre la mesa— Ahí tienes las tarjetas.

—Gracias. — respondió sonriendo de oreja a oreja. Sabía que el viejo se estaba acordando de toda su familia, pero le daba absolutamente igual. Eso eran negocios y sino sabía realizar su trabajo, ella no tenía la culpa.

Cuando volvió a su oficina cerró la puerta y bailó hacia su mesa sintiéndose genial. Como no se fiaba ni un pelo de su jefe, porque estaba

segura de que la putearía si pudiera, llamó a la imprenta para asegurarse que habían detenido el trabajo. Como suponía, no había llamado nadie para cancelar la orden y entrecerró los ojos pensando en que el viejo tenía muy mala leche. Seguro que luego diría a Denley que se lo había ordenado a ella.

Se pasó todo el día arreglando aquel desastre. No sólo las frases eran ridículas, sino que la letra no tenía ningún estilo. Cuando envió el trabajo, miró su reloj de pulsera y vio que eran las cuatro y media. Por ese día ya estaba bien. No podía ponerse a dibujar para dejarlo media hora después. Cogió su abrigo y su bolso cuando sonó el teléfono de encima de su escritorio. Levantó el auricular del teléfono—Turner.

—Lambert quiere verte. — le dijo Stella en un susurro —Y está de muy mal humor.

— ¿Ha pasado algo?

—No me he enterado, pero no hay quien lo aguante. Lleva todo el día de morros.

—Voy para allá.

Como después se iría, se llevó su bolso y el abrigo. Pasó ante el despacho de Pigitore sin molestarse en despedirse. Estaba escribiendo ante su ordenador. Como siempre. Estaba casi segura de que estaba escribiendo una novela larguísima. Debía llevar al menos diez mil hojas escritas, por el tiempo que se pasaba tecleando.

Pasó entre las mesas para llegar antes y caminó por el pasillo hasta meterse en dirección. Vio que Stella se había puesto los prendedores —Te quedan genial.

—Es que tengo una amiga con muy buen gusto. Puedes pasar. Te está esperando.

Algo nerviosa fue hasta la enorme puerta de cristal ahumado y llamó un par de veces.

—Adelante. —el tono de Denley indicaba que estaba muy, pero que muy enfadado.

Entró y le vio levantándose de su mesa, a punto de irse—Ah, señorita Turner. Siéntese— dijo poniéndose la chaqueta del traje.

— ¿Ocurre algo?

Él apretó sus finos labios antes de mirarla, pero no la miraba a los ojos—He decidido que a partir de ahora usted dirigirá su departamento. El señor Pigitore no volverá mañana.

Le miró sorprendida y se acercó varios pasos— ¿Se va a jubilar?

—Sí, jubilación anticipada. He hablado con él y hemos llegado a un acuerdo. El error que ha cometido hoy, me podía haber costado cincuenta millones de dólares.

—Sí, lo entiendo pero...—ahora se sentía algo culpable.

—No tiene que entender nada. —dijo fríamente cogiendo su abrigo
— Simplemente cumpla mis órdenes y ya está.

Raychel se sonrojó incómoda por su manera de hablarle— Muy bien, señor. ¿Tendré algún ayudante?

Él levantó una ceja— ¿Para qué? Si usted lo hace todo ya.

En eso tenía razón. Cuando él fue hasta la puerta, ella le siguió. Denley se tensó al abrir la puerta— ¿A dónde se cree que va?

—Por hoy he terminado, señor. No he ido a comer para arreglar el problema. Además...— miró su reloj y quedaban quince minutos para las cinco — Casi es la hora.

— ¿Acaso son las cinco?

—No, pero como le he dicho...

—Podrá salir en catorce minutos. No antes. —la miró a los ojos como si quisiera matarla y ella sintió un escalofrío.

—Muy bien. — susurró muy incómoda.

Él salió del despacho —Hasta mañana, Stella.

Su secretaria los miraba atónita— Hasta mañana, Señor Lambert. — cuando se fue se miraron la una a la otra. Raychel estaba muy avergonzada y la mirada de pena de su amiga no ayudaba — Menuda manía te tiene.

— ¡No!— exclamó sorprendida— Claro que no me tiene manía. Es el jefe y tiene muchas cosas en la cabeza.

Stella no salía de su asombro— Raychel eres a la única a la que habla así. Es muy grosero contigo. ¿No te has dado cuenta?

¿Lo era? Se mordió el labio inferior. Era cierto que a los demás no les trataba así, a no ser que hicieran algo mal. Pero ella no hacía las cosas mal sino todo lo contrario.

—Me acaba de ascender. — dijo acercándose a la mesa de su amiga.

Stella sonrió encantada— Felicidades. Te lo mereces.

—Gracias. — respondió preocupada— ¿En serio crees que no me traga?

—No sé. — tomó aire levantándose de su asiento— No tenía que haber hecho ese comentario, pero es que me da la sensación de que no

puede ni verte. Cuando habla de ti es como si su tono cambiara y la manera en que te habla...Por Dios, si te ha echado la bronca por quince minutos cuando te acaba de ascender.

En eso tenía razón, no era lógico. Entonces se le pasó por la cabeza que él sabía que le enviaba los regalos y los mails, pero no podía ser porque se aseguraba que su identidad no se supiera.

—No te preocupes. Soy una bocazas. Ahora me siento fatal por haberte dicho lo que se me pasaba por la cabeza. — dijo Stella cogiéndola del hombro y apretándoselo para consolarla —No debería haberte dicho nada.

—No te preocupes. — sonrió y se puso el abrigo— Has hecho bien. Ahora me fijaré más en su actitud hacia mí y si es como dices, hablaré con él por si tiene algún problema conmigo.

Su amiga hizo una mueca como sino le pareciera buena idea, pero no dijo nada más al respecto — ¿Sabes qué? Te invito a un café. — dijo yendo a por su bolso.

— ¿No has quedado con tu marido?

—Ni se ha acordado de mi cumpleaños.

—Vaya, lo siento mucho.

—Me ha llamado para decir que se iba a jugar a los bolos con sus amigos y yo no le he dicho nada, así que...

—Entonces lo que necesitas es una copa. — le guiñó un ojo haciéndola reír— Y llegar a casa muy tarde. Vamos a celebrar tu cumpleaños y mi ascenso.

—Suenan muy bien.

Capítulo 2

Al final llegó a casa a las once de la noche, después de cenar con Stella en un restaurante de moda y de tomar un par de copas. Cuando se tumbó en la cama estaba demasiado cansada para pensar en lo que le había dicho su amiga, pero al levantarse por la mañana fue el primer pensamiento que se le pasó por la cabeza.

Era imposible que Denley no la tragara. No había hecho nada para ello. Era eficiente en su trabajo y agradable con todo el mundo. Tenía amigos en la oficina y nunca había sido problemática. Su jefe debería estar encantado con ella. Seguro que Stella es equivocada. Decidió ponerse un vestido granate ese día, con unas medias negras tupidas. El cinturón negro enfatizaba su cintura, disimulando los kilos de más y se miró satisfecha al espejo de cuerpo entero, mientras se atusaba sus rizos castaños que estaban impecables. Esperaba que no se alborotaran demasiado con la humedad.

Cuando llegó a la oficina a la hora de siempre, esperó en la esquina a que llegara Denley, pero cuando habían pasado cinco minutos de las nueve, decidió entrar porque ya llegaba tarde.

Al llegar arriba fue hasta la mesa de Stella — ¿Qué tal? ¿Tienes resaca?

Su amiga gimió tocándose las sienes— No tenía que haber tomado la tercera copa. Afortunadamente no tendré al jefe encima en todo el día.

— ¿Qué quieres decir?

—Está resfriado. Ha dicho que hoy no vendrá.

—Bueno, al menos no te lo ha pegado. — dijo intentando disimular su preocupación.

Esperaba que estuviera bien y que se estuviera cuidando. Vivía solo, aunque tenía una mujer que iba a limpiar por semana, pero su familia no estaba en la ciudad. Puede que una de sus novias le diera mimos. Porque tenía muchas. Salía con una distinta cada semana. Todas guapísimas, con

unas piernas bien largas y melenas perfectas. Hasta había pensado en dejarse el cabello largo para intentar atraerlo, pero después se dio cuenta que era totalmente inútil porque nunca sería como ellas e intentar conquistarlo era como querer la luna. Totalmente imposible.

No pudo evitar pasar ante su casa en Lexintong con la sesenta y tres después del trabajo. Hacía frío y un viento bastante desagradable, pero cuando llegó frente a su casa, se detuvo en la acera de enfrente en su lugar habitual, abrazándose para intentar quitarse algo de frío. Habían bajado las temperaturas bastante y parecía que iba a llover.

Miró hacia la casa de tres pisos y había luces en el piso superior. Sonrió mirando la fachada por si le veía por alguna de las ventanas. Era la casa que soñaría cualquier mujer. De ladrillo rojo con grandes ventanales de madera blanca, tenía ese estilo inglés que a ella le encantaba. Hizo una mueca pensando que seguramente en unos años estaría llena de niños de otra mujer, pero era algo inevitable.

Se impacientó cuando no vio movimiento desde ninguna ventana y cuando miró la puerta frunció el ceño. Por la rendija inferior de la gran puerta roja, parecía que salía humo. Eso no podía ser. Sería el calor que salía de la casa, pensó ella acercándose sin darse cuenta. El sonido de un claxon la sobresaltó y cuando miró el taxi que por poco la atropella, ni escuchó los gritos del molesto conductor. Corrió cruzando la calle, olvidándose de él porque parecía que salía más humo de la casa y al subir los escalones le dio un vuelco al corazón al darse cuenta que había fuego en la casa. Frenética aporreó la puerta — ¡Denley!— gritó llamándole.

Gritó de horror cuando vio como las cortinas de la ventana de la izquierda empezaban a quemarse y miró la otra ventana. Sin pensárselo más, saltó sobre la balastrada de piedra del otro lado y se quitó el zapato para romper la ventana.

Varias personas llegaron corriendo— ¡Llamen a los bomberos!— gritó antes de intentar entrar.

— ¡No entre!— dijo un hombre intentando detenerla cogiéndola por el brazo — ¿Está loca? ¡Va a abrasarse!

— ¡Suélteme! ¡Él está dentro!

Le dio un empujón en el pecho y se levantó la falda para poder pasar las piernas por la ventana. Gimió cuando se cortó con uno de los cristales de la ventana pero no se detuvo. Al entrar, vio un gran salón y afortunadamente allí no había fuego. Corrió hasta la puerta y al tocar el

pomo gritó de dolor. Apartó la mano y supo que era una quemadura importante pero no podía echarse atrás. ¡Denley estaba en algún lugar de la casa y tenía que sacarle de allí! Con la manga del abrigo abrió la puerta y una bocanada de fuego entró dentro de la habitación chamuscándole el cabello. Se cubrió con el abrigo sin darse cuenta que estaba llorando por la angustia que sentía en el pecho y vio que el fuego rodeaba el marco de la puerta. Salió cubierta por el abrigo, pero chilló al quemarse la pierna derecha en la zona exterior del gemelo. Corrió hacia la escalera subiendo los escalones, ignorando el dolor por la adrenalina que la recorría y al llegar al primer piso tosió a causa del humo que era muy denso. Tiró el abrigo al suelo y siguió subiendo las escaleras— ¿Denley?

Corrió al tercer piso tosiendo sin parar. El aire cada vez era más pesado y rezó porque no se hubiera ahogado.

— ¡Denley!

Ya no había luz en la casa y sólo pudo guiarse por lo que había visto desde el exterior de la casa. Se guió tocando las paredes entre la oscuridad y el humo, hasta lo que creía que era la habitación de su jefe. La luz de la calle le permitía ver algo de la habitación a la que entró y le encontró tumbado en la cama. Parecía que estaba muerto y ella gritó de horror acercándose a la cama, arrodillándose a su lado. Le cogió por el brazo— ¡Denley!— gritó desesperada.

No respondía y muerta de miedo acercó el oído a su pecho. Al escuchar el sonido de su corazón, sintió un alivio indescriptible y se incorporó zarandeándole— ¡Denley, despierta!

Cuando su jefe abrió los ojos, al principio parpadeó confuso, pero luego pareció espabilarse de golpe y la miró como si estuviera mal de la cabeza.

— ¿Qué coño haces en mi casa?

— ¡Tienes que salir de la cama!— le gritó ella empujándolo.

Él miró a su alrededor y al ver el humo, la volvió a mirar asombrado— ¿Me has quemado la casa, maldita chiflada?

— ¡Tenemos que irnos!— histérica saltó sobre él para pasar hasta las ventanas y vio que la calle estaba llena de gente. Iba a abrir la ventana, entonces recordó algo sobre que las corrientes de aire avivaba el fuego, así que corrió hacia la puerta mientras él se levantaba totalmente desnudo de la cama. Sin poder evitarlo se detuvo para mirarle y Denley furioso le gritó— ¡Te juro que esto lo vas a pagar!

— ¿Qué?

— ¡Que vas a acabar en la cárcel, loca de mierda!

Raychel no comprendía lo que le decía, así que decidió hablar con él cuando estuvieran a salvo. Cerró la puerta de la habitación y corrió otra vez hasta las ventanas para abrir la primera a la que llegó — ¿Cómo bajamos?— preguntó volviéndose hacia él, que se había puesto unos vaqueros y una sudadera.

—Yo voy a bajar por la escalera.

— ¡Está bloqueada! —miró hacia el exterior y suspiró de alivio al ver a los bomberos —¡Están aquí!

Un empujón la tiró contra la pared y perdió el aliento viendo como miraba al exterior. Atónita le vio gritar a los bomberos que estaban allí. Raychel se cogió la mano herida y le observó. Todo en él irradiaba furia.

Raychel al oír un estruendo en el piso inferior gritó acercándose a Denley que la miró con odio, antes de empujarla por el pecho otra vez hasta la pared— ¡No te muevas de ahí!— le gritó fuera de sí.

No supo lo que le pasó en ese momento. Ella simplemente pudo mirarle sin entender realmente nada de lo que estaba pasando. Era como cuando descubres que Papá Noel no existe, algo que te deja un vacío dentro y una desilusión indescriptible. Como si su héroe se hubiera roto en mil pedazos.

Escuchaba los ruidos del piso inferior y como una escalera se acercaba a la ventana, pero sólo podía mirarle a él, que impaciente esperaba en la ventana. Cuando la escalera llegó hasta ellos, un bombero les preguntó— ¿Están bien?

— ¡Sí!— gritó Denley sin mirarla siquiera — ¿Está ahí abajo la policía? ¡Esta zorra me ha quemado la casa!

Raychel sintió que se quedaba sin aliento y se dejó caer lentamente hasta sentarse en el suelo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas tiznadas. El bombero habló con Denley y él salió por la ventana sin preocuparse de ella. Allí sola en la habitación envuelta de humo, se dio cuenta que él no merecía nada de lo que hacía por él. No se merecía ni un solo pensamiento suyo. Y nunca más perdería un solo segundo con Denley Lambert.

— ¿Se encuentra bien?— preguntó un bombero acuclillado ante ella.

—Sí. — susurró todavía en shock.

La cogió delicadamente del brazo y la levantó— Tranquila, el fuego

del primer piso está controlado. Pero aún así vamos a bajar por la escalerilla. ¿Podrá hacerlo?

—Creo que sí.

—Yo estaré detrás de usted.

—Gracias.

La ayudó a llegar hasta la ventana y al salir se dio cuenta que no tenía zapatos—He perdido los zapatos. — dijo mirando a su alrededor.

—No se preocupe por eso. — dijo el hombre amablemente— Se los encontraré.

—Gracias. —seguía sujetándose la mano y él la ayudó a salir sin soltarla ni una sola vez. Desde lo alto de la escalerilla, vio a la muchedumbre que rodeaba la casa. Algo atontada bajó por los escalones metálicos sujetándose con una sola mano porque la otra le dolía horrores. También cojeaba a causa de su pierna y en cuanto llegó al camión de bomberos, dos hombres la cogieron de los brazos para bajarla al suelo, donde unos sanitarios y unos policías la rodeaban — ¿Está herida?— preguntó un hombre con un chaleco reflectante que ponía médico en el pecho.

—Me duele la mano.

Se la abrió con delicadeza y apretó los labios— Es una quemadura muy fea. —se giró a su compañero —Trae la camilla.

El hombre salió corriendo y de repente alguien la cogió por el hombro volviéndola de golpe— ¡Ha sido ella!— gritó Denley furioso a un policía — ¡Ella me ha quemado la casa!

— ¡Eso no es cierto!— respondió saliendo de su estado de decepción — ¡Yo no he hecho nada!

— ¡Está loca! ¡Siempre me está observando! La he visto en la puerta de mi casa varias veces y...

Asombrada le miró— ¿Y qué? ¡Eso no significa que le haya quemado la casa, señor Lambert!

— ¿Se conocen?

— ¡Es mi jefe!

El policía miró a Denley como si estuviera mal de la cabeza— ¿Trabaja para usted y dice que está loca?

— ¡Me acosa! ¡Me espera a la entrada del trabajo y pasa delante de mi casa! ¡Y ahora me ha quemado la casa!

—Me da igual lo que haya hecho esta mujer. — dijo el médico

cortando la discusión—Necesita asistencia médica inmediata. Me la llevo al Presbyterian.

—Muy bien, doctor. — dijo el policía apuntando algo en su libreta.

— ¿No piensa detenerla?— Denley frustrado se pasó una mano por su pelo negro y ella le miró como sino le conociera —Me envía regalos y...

—Es la primera vez que un hombre se queja porque una mujer le hace regalos. — dijo el policía divertido.

— ¡No tiene gracia! Yo la ignoro y ella se comporta como una chiflada.

Una gran lágrima cayó por la mejilla de Raychel dejándolos a todos de piedra.

— No llore, señorita. — dijo el médico mirando a Denley con desprecio — Miraremos esa quemadura y se pondrá bien enseguida.

— ¡Tienen que detenerla!— la cogió por el brazo de manera violenta y le gritó a la cara— ¡Si crees que...

— ¡Suéltela!— gritó un policía furioso apartándolo de ella.

El médico la volvió suavemente y la cogió en brazos para tumbarla en la camilla. Tenía las medias destrozadas y el vestido roto— Está sangrando, Jake. — dijo un hombre tocándole la pierna— y tiene una quemadura muy fea en la pierna.

—Mierda. — dijo el médico mirándole la pierna— Putas medias, parece que tiene restos pegados. ¡Vámonos!

Empujaron la camilla y la gente se apartó. Un hombre se acercó — ¡Este es su bolso! Se le cayó en la entrada cuando rompió la ventana para entrar en cuanto vio el fuego.

Esas palabras hicieron volverse al médico y gritar — ¡Agente! ¡Hable con este hombre!

—Gracias. — respondió ella forzando una sonrisa. Cogió el bolso y lo colocó sobre su vientre.

—Es usted muy valiente.

—Que va.

—Y ese gilipollas gritando que ella le había quemado la casa. — dijo el médico a su compañero mientras empujaban la camilla dentro de la ambulancia.

Se subieron a toda prisa y encendieron las sirenas mientras ella pensaba que la mano la estaba matando. Era la mano derecha y la abrió

mirando la enorme ampolla que le estaba saliendo — ¿Podré pintar?

—Se pondrá bien.

—No puedo abrir la mano. —dijo asustada.

—Le tira la piel quemada, pero se pondrá bien. — le pusieron una vía en el brazo y le inyectaron algo —Esto la relajará un poco. Se ha llevado un susto.

—Sí. — susurró cerrando los ojos— ¿Puede ponerme algo para el dolor? ¡Ay!— gritó mirando hacia abajo.

—Tiene un corte en el muslo. Necesita puntos.

—Su aventura la ha dejado hecha un cromo ¿verdad?

Puso los ojos en blanco antes de sonreír con tristeza recordando a Denley y todo lo que le había dicho. ¿Cómo sabía que los regalos se los había hecho ella? Había sido muy cuidadosa a la hora de enviárselos. Había contratado un mensajero y no sabía su verdadero nombre, pagándole al contado. Sólo podía suponerlo, pero no podía saber que era ella. Se sentía muy avergonzada porque la hubiera pillado y ni siquiera sabía si todavía tenía trabajo. Aunque eso no importaba demasiado. Ahora ya no.

Cuando llegaron al hospital, le cortaron las medias e intentaron cortarle el vestido pero ella se negó— ¿Cómo voy a volver a casa? ¿Desnuda?

—Le conseguiremos ropa, no se preocupe. — dijo una enfermera agradablemente sujetándola por el hombro para que se tumbara. Metieron su bolso en una bolsa de plástico y le cortaron el vestido. Una mujer de color con una bata blanca se acercó a ella —Hola, soy la doctora Curtis.

—Hola. Mi mano...

—Ahora mismo te revisaré las heridas pero antes contéstame algunas preguntas. ¿Has tragado mucho humo?

—Algo.

— ¿Te has desmayado en algún momento?

—No.

— ¿Eres alérgica a algún medicamento?

—No.

—Bien. — le sonrió y Raychel miró sus ojos de un sorprendente color verde.

—Tiene unos ojos muy bonitos.

—Gracias. Son herencia de mi abuela. — le cogió la mano

delicadamente y la abrió—Tienes una quemadura de segundo grado en la mano. Te duele mucho ¿verdad?

—Sí.

—Eso es bueno, aunque no lo creas. Si todavía tienes sensibilidad es que los nervios no se han afectado.

Miró su pierna derecha y apretó los labios— Tendré que limpiarte esta y será doloroso. Así que tendré que sedarte.

—Dios, me duele todo. ¿No puede dejarme grogui entera para dejar se sentir?— preguntó con lágrimas en los ojos.

—Desgraciadamente no puedo hacer eso. Te necesito despierta.

El tratamiento fue terrible. Sobre todo la quemadura de la pierna porque le tuvieron que quitar la piel que tenía los restos de media pegada. Incluso con la sedación que le pusieron le dolió horrores y ni siquiera se dio cuenta que gritaba. Cuando la trasladaron a la habitación estaba demasiado agotada para mantener los ojos abiertos. El último pensamiento que pasó por su mente, fue que seguramente Denley estaba durmiendo en un hotel — Ni un pensamiento más, Raychel. — susurró con los ojos cerrados— No se lo merece.

Capítulo 3

La despertó la enfermera tocándole el hombro— Despierte, señorita Turner. Tiene visita.

Abrió los ojos sintiéndose muy cansada y vio a dos hombres ante ella. Uno llevaba un uniforme que no reconocía— ¿Estoy detenida?

—Por supuesto que no, señorita Turner. — dijo el hombre de uniforme acercándose— Soy el Teniente Stone, del cuerpo de bomberos.

Ella suspiró sonriendo— Gracias por sacarnos de allí.

—Quería comunicarle que el incendio se produjo por un cortocircuito en un despacho de la planta baja. La instalación de esa casa era antigua y no se molestaron en cambiarla al reformarla.

—Me alegro de que no pasara nada. — susurró queriendo seguir durmiendo. No sabía lo que le habían puesto pero estaba casi sin dolor y quería dormir.

—Soy el sargento Ryan, de la policía. — dijo el otro hombre que era algo mayor— Pese a la denuncia de su jefe, debo decirle que la hemos desestimado después de la resolución del cuerpo de bomberos. Así que puede estar tranquila. Además hay testigos de lo sucedido y está totalmente libre de cargos.

— ¿Le han dicho a mi jefe la causa del incendio?

—Uno de mis hombres debe estar diciéndoselo en este mismo momento, aunque me parece que ya lo sabía. Mi chico ha ido hasta su despacho para hacerlo y cerrar el caso.

—Espero que ahora se quede tranquilo. — cerró los ojos sin poder evitarlo.

—La dejaremos descansar. —dijo uno de ellos sin que pudiera identificarlo.

Abrió los ojos —Lo siento, estoy muy cansada.

—No se preocupe por nosotros. — dijo el bombero sonriendo— Fue muy valiente. Ahora debe recuperarse. —miró su mano vendada que

estaba sobre su vientre y apretó los labios— Buenos días.

—Gracias por venir. — susurró antes de quedarse dormida de nuevo. Ni siquiera les oyó salir de la habitación.

Le dieron el alta dos días después porque la quemadura de la pierna se le había infectado, así que tuvo que permanecer allí otro día más para comprobar que funcionara el antibiótico. Con una pierna quemada y la otra con unos puntos que le tiraban cada vez que caminaba, eso por no hablar de la mano que le dolía horrores, parecía que caminaba como un robot. Era realmente patética y se sintió todavía peor al subirse al taxi que la enfermera amablemente había llamado.

—A la dieciocho con la sexta, por favor.

El chándal gris que le habían dado era realmente horrible, pero eso no era lo peor. Lo peor para ella, era que la única persona que fue a verla al hospital había sido Stella, que se presentó allí en cuanto se enteró de lo que había sucedido.

—No veas la que se montó cuando llegó la policía a la oficina y le dijo que había sido un cortocircuito. El jefe que estaba en una reunión se quedó pálido y no sabía qué decir. Y cuando le dijeron que estabas ingresada en el hospital por las quemaduras y los cortes que te habías provocado al intentar entrar en su casa, simplemente les dijo muy serio “Gracias por venir” —su amiga estaba indignada caminando de un lado a otro de la habitación. — ¡Será cretino! ¡Le salvas la vida y te denuncia por acoso y por quemarle la casa! Suerte ha tenido que pasaras ante su casa. ¡Será gilipollas! Me ha puesto de los nervios.

—No te preocupes. Ya ha pasado.

Stella se acercó sonriendo —Perdona, te estoy alterando y estás hecha polvo.

—No te preocupes. Estoy bien. —cambió de tema porque no quería hablar más de ello y cuando se fue, apretó los labios decidida a no pensar en Denley.

Cuando llegó a su casa, le costó salir del taxi y se dijo que iba a utilizar mucho el servicio a domicilio.

Se sentó en su sofá de flores y antes de darse cuenta se puso a llorar. Era lo que tenía no tener nada que hacer, que no dejaba de pensar en

Denley en cómo se había comportado con ella.

—Dios mío ¿qué estás haciendo aquí?— se preguntó a sí misma llorando mientras pensaba en llamar a su familia.

Consiguió calmarse y se tumbó en el sofá para ver la tele un rato. Se quedó dormida y cuando llamaron a la puerta se sobresaltó— ¿Quién es? — preguntó desde el sofá sin moverse.

—Soy Denley Lambert. —ella se quedó allí sin moverse mirando la puerta sin saber qué hacer— Raychel, abre la puerta.

¿Ahora era Raychel y no la zorra chiflada? Se levantó lentamente y preguntó— ¿No puede esperar?

—Preferiría hablar de esto ahora.

Fue hasta la puerta y la abrió viéndole al otro lado. Ese día llevaba el traje gris que a ella le gustaba tanto e hizo una mueca— ¿Puedo pasar?

Cojeando se apartó para que pudiera pasar y miró a su alrededor observando su acogedora casa. Había tardado mucho en decorarla eligiendo cada pieza cuidadosamente.

— Bonita. — dijo él como si le sorprendiera.

— ¿Para una chiflada, quiere decir?

Él apretó los labios antes de mirarla a los ojos— En parte he venido por eso. —Raychel fue hasta el sofá lentamente y se sentó con esfuerzo— Veo que estás peor de lo que pensaba.

—Estoy bien. — se quedaron mirándose unos segundos y ella se sintió incómoda —¿Qué es lo que quiere? Si es para despedirme ya suponía que no tenía trabajo, así que no tiene porque molestarse.

—He venido a disculparme. — dijo muy tenso metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón— Te traté muy mal el día en que ocurrió todo y fue imperdonable.

Ella no dijo ni pío y Denley se puso nervioso— ¿No tienes nada que decir?—negó con la cabeza — ¡Joder, di algo!— le gritó— ¡Me comporté como un auténtico cabrón contigo, así que tienes derecho a decirme lo que quieras!

—Quiero que se vaya. — dijo cogiendo su mano que le empezaba a doler.

Denley vio el gesto y apretó los labios pasándose la mano por su cabello negro.

— ¿Cuanto estarás de baja?

—Ese no es su problema.

— ¡Claro que sí es mi problema! ¡Tienes que terminar las tarjetas de San Valentín antes que terminen las Navidades!—Raychel parpadeó como si no le comprendiera — ¡No puedo perderte, eres mi mejor artista!

—Hay miles en Nueva York.

— ¡Te acabo de ascender!— le gritó furioso.

Entonces ella lo entendió todo. Se sentía culpable y no sabía cómo arreglarlo. La había juzgado mal y ahora no sabía qué hacer. Entrecerró los ojos mirándole como si estuviera bajo un microscopio— ¿Quieres dejar de mirarme así? ¡Me pones de los nervios!

Sin decir una palabra, pensó en que su trabajo le gustaba sólo por estar con él. Si no podía triunfar en lo que realmente le apasionaba que era pintar, en la empresa de Denley podía desarrollar su imaginación. Lo que no sabía era si podía seguir trabajando para él, así que le dijo— En varias ocasiones me han ofrecido ilustrar cuentos infantiles y...

— ¡Ese no es un trabajo seguro y lo sabes! Si es cuestión de dinero...

—Es cuestión de respeto. — dijo fulminándolo con la mirada— Es cuestión que en dos años ni siquiera he recibido unas palabras de aliento y me ha tratado como una apestada. He multiplicado las ventas y ni siquiera me ha dicho que hago un buen trabajo. —Denley apretó las mandíbulas escuchándola— Es cuestión de que cada vez que me veía, parecía que le molestaba mi presencia y lo que pasó el otro día lo demuestra.

—Creía que eras tú la que me enviabas los regalos. ¡Pensaba que me acosabas!

—Y si hubiera sido así ¿qué problema hay?— preguntó asombrándolo— ¿Acaso le he hecho daño al enviarle una corbata o una pluma?

— ¡Joder, eras tú!

Ella no veía mal en ello— ¿Acaso su secretaria no le regala nada en Navidad?

— ¡No!

Parpadeó sorprendida— Ah.

— ¡Ese comportamiento no es normal, Raychel!

— ¿Por qué?

Parecía que no sabía qué decirle pero de repente la señaló— ¿Eras tú la que me enviabas esos mails?

Eso sí que la sonrojó porque decían lo que sentía cuando le veía o lo que le gustaba el traje que llevaba y cosas así...— Sí.

— ¿Y eso es normal?

Se encogió de hombros —No he hecho nada malo. No quería incomodarlo. Me parecía atractivo y es como las notas que se envían en el instituto. Inofensivas.

— ¡Me enviabas uno cada tres días! ¡Me enviabas regalos y paseabas ante mi casa! ¡Eso sin decir, que tenía que ver como todas las mañanas me esperabas a la entrada de la oficina!— le gritó furioso.

— ¿Y por qué no me echó si le incomodaba tanto?

— ¡Porque no sabía que eras tú!

—Pero acaba de decir...

— ¡Sabía que eras tú, pero no podía demostrarlo!

Ella sonrió con tristeza dejándolo atónito— Bueno, ahora no se tiene que preocupar más. Ya se acabó.

Eso pareció dejarlo en shock— ¿Qué?

—Que se acabó. — se levantó lentamente y fue hasta la puerta— No se tiene que preocupar más. Prometo no regalarle nada nunca más. — abrió la puerta y se volvió hacia él que la miraba como si no la conociera —Gracias por venir.

Denley se acercó furioso y cerró de un portazo— ¿Vas a volver a trabajar en la empresa o no?

— ¿Se da cuenta que tiene un comportamiento de lo más extraño? ¿Si me considera una acosadora, debería estar deseando deshacerse de mí?

Denley la miró como si quisiera matarla — ¿Vas a volver o no?

Ella miró a su alrededor, vio los pinceles en el tarro de cristal y después se miró la mano— No sé cuando podré volver. — susurró para sí.

— ¿Te duele mucho?

La suavidad de su voz al preguntarle eso, la sorprendió y levantó la vista hacia él. Parecía realmente preocupado y Raychel reprimió la emoción que palpitó en su pecho.

—Estoy bien.

—Cuando puedas volver...

—Tardaré unas semanas. —asintió mirándola fijamente y Raychel se sonrojó. Su héroe de pies de barro la incomodaba — ¿Ahora puede irse? Estoy cansada.

—Sí. — él la miró alargando una mano y cogiendo uno de sus rizos —Te quemaste el pelo.

Se sonrojó levantando la mano y retirando el rizo de entre sus dedos

—Sí, tengo que ir a cortarlo. —por la mirada que le echó parecía que la idea no le gustaba y ella dijo —Quizás me lo corte muy corto.

Denley chasqueó la lengua pasando ante ella para salir de su casa. Iba a volverse para decir algo y ella le interrumpió sonriendo radiante— Adiós, Señor Lambert. —cerró la puerta antes de que pudiera decir nada más y cerró los cerrojos suspirando de alivio.

Denley Lambert se había acabado y debía empezar a llevar una vida normal. Sin ídolos que no se podían alcanzar, ni en dar cariño a alguien que no se lo merecía.

Debía empezar una nueva vida en donde su jefe sólo fuera su jefe.

Tres semanas después le dieron el alta y la verdad es que no se sentía bien del todo. Tenía las cicatrices muy sensibles y hasta el pincel le molestaba. Pero debía incorporarse al trabajo, así que un lunes por la mañana vestida con unos pantalones negros y un jersey verde debajo de su nuevo abrigo negro, entró en la empresa a las nueve menos cinco. El portero cuando la vio la miró sorprendido— ¡Ha vuelto!

—Buenos días, Lewis.

— ¡Y se ha cortado el pelo!

Ella llevó su mano sana a su cabello cortado estilo años veinte y sonrió— ¿Le gusta?

—Está muy chic. — miró hacia la puerta y dijo —Ahí está el jefe.

—Hasta luego. — dijo ella yendo hacia el ascensor a toda prisa. Lo que menos quería que pensara su jefe era que le estaba esperando. Cuando pulso el botón, miró impaciente las luces superiores— Vamos. — siseó deseando que el maldito chisme llegara de una vez, volviendo a pulsar el botón.

—Buenos días, Raychel.

Mierda, pensó ella antes de volverse —Buenos días, señor Lambert.

—Ya que me has visto desnudo, creo que me puedes tutear. — dijo divertido sonriéndole.

Se puso como un tomate y miró las puertas que se abrían en ese momento queriendo que se la tragara la tierra.

Él pulso el botón del sexto piso y se volvió para mirarla— ¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias. — incómoda no separaba la vista de las puertas, deseando llegar de una vez y no podía evitar se que le notara.

— ¿Te han dado el alta?

—Sí. — respondió sin mirarle. Cuanta menos relación tuvieran mucho mejor.

—Raychel, normalmente cuando te hablan debes mirar a la otra persona. Es cuestión de educación.

El tono de regañina que le estaba soltando era el colmo, cuando él la había ignorado casi todas las mañanas durante dos años.

—Lo tendré en cuenta. —dijo mirándolo de reojo.

— ¿Siempre eres tan diplomática? —se estaba enfadando y ella decidió no contestar a la pregunta —Muy maduro, Raychel.

—Mira quién fue a hablar. — dijo para sí.

— ¿Qué has dicho?

Forzó una sonrisa—Nada. Nada de nada.

Denley apretó los labios y para alivio de ella se abrieron las puertas. Salió disparada y empujó la puerta de cristal sin esperarlo. Ni siquiera se detuvo a hablar con Stella. Sólo la saludó con la mano y la mujer frunció el ceño confundida.

— ¡Te llamo luego!— le gritó por el pasillo para que no pensara que estaba enfadada.

En cuanto llegó a su despacho después de saludar a sus compañeros, que la detuvieron para comprobar como estaba y cotillear un poco, suspiró de alivio cerrando la puerta —Estupendo, el día ha empezado genial.

Estaba tomando un café estudiando el buho que estaba pintando. Lo había pintado sobre una rama mirando enamorado a su compañera. Le sonó el móvil y echó un vistazo a la pantalla suspirando antes de contestar — Terry, estoy trabajando. — le dijo a su hermana que vivía en Boston — ¿Ha ocurrido algo? Hablamos ayer.

— ¡Alerta roja!— chilló su hermana al otro lado de la línea.

Raychel se detuvo en seco y dejó el pincel que acababa de coger en el vaso de agua— Muy bien, estoy lista.

— ¡Mamá va para allá!

— ¡No!

— ¡Sí!

— ¡Tienes que detenerla!— gritó al teléfono.

—Imposible. ¡Estará al llegar!

— ¿No le habrás contado nada?— histérica se levantó de su silla frente a su mesa de dibujo y empezó a desabrochar la bata de trabajo con una sola mano.

— ¿Y matarla del disgusto? ¡Ha dicho que como tenía que ir a ver a unos inversores a Nueva York, pasaría a verte!

— ¿Y por qué no me ha llamado?

— ¡Quiere darte una sorpresa! Ni siquiera me lo ha dicho a mí. ¡Me acabo de enterar por papá!

—Dios ¿y ahora qué hago?

—Tendrás que confesarlo todo.

— ¿Estás loca? ¡Me obligará a volver!

De repente se abrió la puerta y al otro lado estaba su madre con su guardaespaldas detrás. La fulminaba con la mirada con sus mismos ojos verdes y puso los brazos en jarras sobre la impecable cintura de su vestido rosa de Chanel— Raychel Elizabeth Turner- Bristol. —dijo con ese tono que ponía los pelos de punta— ¿Se puede saber desde cuando trabajas aquí?

—Estás muerta. — dijo su hermana antes de colgar.

— ¡Mamá!— forzó una sonrisa y apretó el móvil en su mano— ¡Qué sorpresa!

Su madre sin dejar de mirarla a los ojos dio un paso dentro de la oficina — ¿Qué sorpresa? ¡Sorpresa la que me he llevado yo, cuando me he enterado por tu portero de donde estabas!— le gritó su madre enfadadísima— ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Nada. — apretó el móvil entre sus manos— No pasa nada.

—Claro que pasa. — como un lince empezó a mirar a su alrededor y abrió los ojos como platos al ver las tarjetas de felicitación colgadas de su tablero de recuerdos— ¡Dime que no estoy viendo lo que creo que estoy viendo!

—Mamá, puedo explicártelo. — miró sobre el hombro de su madre y vio que Bill el guardaespaldas negaba con la cabeza.

— ¿Estás haciendo felicitaciones? ¿Te he enviado a las mejores escuelas de arte del mundo para que hagas felicitaciones?— el grito de su madre se debía estar oyendo en toda la oficina y Raychel hizo una mueca.

—Me pagan bien.

Su madre giró la cabeza asombrada y uno de sus rizos castaños se movió ligeramente de su impecable recogido francés — ¿Te pagan bien?

— ese tono lacerante la puso aún más nerviosa porque significaba que estaba a punto de desbaratarlo todo—Te recuerdo que te pasamos una asignación de diez mil dólares al mes para...

—No he tocado ese dinero, mamá. Me mantengo sola.

La señaló con el dedo mostrando sus anillos de diamantes— Te recuerdo que te mudaste aquí por una sola razón y no era hacer tarjetas de felicitación.

— ¡Quería ser independiente!— levantó la barbilla orgullosa.

— ¡No uses ese tono conmigo, señorita!—Bill negó con la cabeza vehementemente por el tono de su madre— ¡Estoy a punto de llamar a tu padre!

—A papá le parecería bien. Siempre ha dicho que quiere que seamos autosuficientes. — se cruzó de brazos y cuando vio como la vena de la sien de su madre se hinchaba se preparó para el cataclismo.

Los compañeros de trabajo se arremolinaban detrás de Bill y ella gimió interiormente antes de que su madre dijera a voz en grito— ¡Recoge tus cosas!

— ¿Qué ocurre aquí?

La voz de Denley la tensó todavía más y cuando lo vio detrás de Bill intentando pasar, gimió porque aquello mejoraba por momentos. Su jefe intentaba pasar y Bill volvió la cabeza como si fuera un bicho molesto. Denley entrecerró los ojos y Raychel suspiró antes de decir— Bill, déjale pasar. Es mi jefe.

El guardaespaldas lo miró de arriba abajo y eso puso a Denley de peor humor todavía— ¿Qué pasa, Raychel? ¿Quién son estas personas y por qué todo el mundo ha dejado de trabajar?

— ¡No le hable en ese tono a mi hija!

Denley miró sorprendido a su madre— ¿Su hija? Mire señora, puede que sea su hija pero este es su trabajo hasta las cinco y...

—Mi hija ya no trabaja aquí. Raychel recoge tus cosas.

— ¡Mamá, me acaban de ascender!

La fulminó con la mirada— ¿Ascender a qué? ¿A pintar postales?

— ¡Son felicitaciones, señora!— Denley miraba a su madre de arriba abajo y después a Raychel buscando una explicación.

— ¡Felicitaciones! Mi hija ha estudiado en París, buen hombre. Era la estudiante con más futuro de su escuela de arte y no pienso consentir que...

—Disculpe ¿qué ha dicho?— su jefe la miro asombrado— ¿Has estudiado en París?

—París, Venecia, Suiza... ¡Ha tenido la mejor formación que se puede comprar!— gritó su madre furiosa— ¡No pienso consentir que haga felicitaciones!

—Desinflé un poco mi currículum para conseguir el trabajo. — murmuró sonrojándose.

— ¿Y para qué demonios querías conseguir este trabajo?— dijo su madre mirando a su alrededor con desprecio.

Ella se sonrojó intensamente —Quería ser independiente. Quería saber si podía hacerlo.

— ¿Por qué?— el asombro de su madre no tenía límites— ¡Eres una de las mujeres más ricas de los EEUU y no tienes por qué hacer esto!

Denley dejó caer la mandíbula del asombro — ¡Dios mío! ¿Eres de la familia Turner- Bristol?

Raychel hizo una mueca sabiendo que todo había terminado. En cuanto conocían quien era, todo el mundo cambiaba su actitud hacia ella. Ya no la trataban de manera normal, sino que eran todo sonrisas y peloteo. Sintiendo una enorme decepción por el tono de su voz, miró a su madre a los ojos— Gracias, mamá. Sólo quería ser normal.

— ¡Es que tú no eres normal! ¿Por qué no se te mete en la cabeza? ¡Todos quieren ser como tú!

Denley la observaba con los ojos entrecerrados— ¿Qué significa todo esto, Raychel?

Ella le miró a los ojos sin poder evitar que en ellos se reflejara la tristeza que sentía —Significa que se acabó. —se volvió y se terminó de quitar la bata.

—Menos mal que has entrado en razón. Espero que Julian no se entere de todo esto. ¡Y nos lo has ocultado dos años! Voy a matar a los de seguridad. — su madre no dejaba de despotricar —Cuando tu padre se entere...

— ¿Quién es Julian?— le preguntó Denley mirando a su madre.

— ¿Quién es Julian?— su madre se echó a reír— ¡Por Dios, es su prometido! ¡Julian Ortega!

Denley apretó las mandíbulas antes de mirarla como si hubiera cometido un delito grave— ¿Estás comprometida al que dicen que será el próximo presidente de los Estados Unidos?

— ¡Será la siguiente primera dama! —dijo su madre orgullosa—Se conocen desde niños y ...

—Mamá, déjalo ya, ¿quieres?— cogió su abrigo y se acercó a Denley con él en los brazos— Siento tener que dejar el trabajo.

—No tienes porque dejarlo. Nadie puede obligarte a hacer lo que no quieras.

Su madre jadeó— ¿Cómo va a seguir trabajando aquí? Menuda locura.

—Ahora todo es distinto. — dijo ella sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas por la impotencia de que todo hubiera cambiado —Y nada volvería a ser igual. —alargó la mano— Adiós, señor Lambert.

Al alargar la mano su madre asustada la cogió de la muñeca — ¿Qué te ha pasado en la mano?

—Sobre eso...

— ¡Dios mío, es una cicatriz enorme!— su madre levantó al palma hacia arriba y Raychel se sonrojó— ¿Es una quemadura?

—Su hija, me salvo la vida. —a Raychel se le cortó el aliento y le miró a los ojos.

— ¡Voy a matar a los de seguridad!— gritó su madre furiosa. — ¡Bill!

— ¿Sí, señora?

— ¡Llama al chofer!

—Adiós. —susurró sin dejar de mirarle dejándose llevar por su madre.

—Adiós, Raychel.

Se miraron a los ojos hasta que la pared del pasillo lo impidió —Esto es increíble. Cuando se entere tu padre de todo esto...

—Papá no dirá nada. —al torcer el pasillo Stella la miró preocupada —Espera un momento, voy a despedirme de una amiga.

Se acercó a su amiga y forzó una sonrisa — Tengo que irme.

— ¿Irte? ¿A dónde?

—A Boston. Te escribiré por mail.

Stella la miró confusa— Pero no entiendo... si tienes problemas...

Sonrió porque Stella era la única persona que había sido su amiga sinceramente en toda su vida —Tengo que volver con mi familia.

—Ah. — decepcionada miró a su madre— Siento que te tengas que irte.

Se abrazaron y los ojos de Raychel se llenaron de lágrimas— No te

he contado muchas cosas...

—Sería porque no eran importantes. — dijo su amiga encogiéndose de hombros— Suerte Raychel y escíbeme algún mail de vez en cuando ¿quieres?

—Prometido.

Al volver la cabeza vio a Denley tras su madre mirándola fijamente. No soportaba despedirse otra vez, así que desvió la mirada y empezó a caminar hacia la puerta de cristal. Cuando empujó el logotipo de la empresa, pensó que los dos únicos años de su vida que le habían pertenecido habían merecido la pena.

Capítulo 3

Dos meses después

La fiesta de recaudación de fondos era todo un éxito, pero Raychel estaba harta de forzar la sonrisa en su cara. Le dolían las mejillas, seguramente por la falta de costumbre— ¿Una copa de champán?— le preguntó Julian siempre atento a sus necesidades.

—Sí, gracias. — le miró bien mientras él cogía dos copas de la bandeja del camarero. Era muy atractivo, rubio y de ojos oscuros, entre marrones y negros, era todo lo que una mujer podía querer de un hombre. Se habían visto una vez al mes desde que se había ido de Boston y a él con una ajetreada vida por sus aspiraciones políticas, le había venido muy bien ese distanciamiento. De hecho era la primera vez que se veían desde que había vuelto.

Al coger la copa frunció el ceño al ver su cicatriz en la palma de la mano— Todavía estoy atónito de que entraras en un incendio para rescatar a ese hombre.

—Mereció la pena, ¿no crees?

—Por supuesto que sí. — le cogió la mano y se la besó mostrando el enorme anillo de compromiso —Pero debió ser muy doloroso para ti.

Y todavía no había visto la cicatriz de la pierna, que había quedado bastante peor. Pero a ella le daba igual. Los dos se habían llevado bien desde niños y eran amigos. Cuando se hicieron mayores, sólo continuaron lo que se esperaba de ellos. Él quería seguir los pasos de su padre en política y ella tenía mucho dinero, lo que les hacía la pareja perfecta. Cuando la besaba era como besar a un muñeco y las veces que le había hecho el amor, habían sido aún más decepcionantes porque no había conseguido excitarla lo mas mínimo. Pero aún así le pidió matrimonio y ella como una buena chica le había dicho que sí. Después de una desastrosa exposición en Boston, donde las críticas la juzgaban más por ser hija de, que por su obra, habló con sus padres para ir a Nueva York

donde no la conocían tanto. A su padre le había parecido bien y se mudó ilusionada.

No le decía a nadie quien era para que la juzgaran por su obra, pero después de visitar a cuatro galerías donde rechazaron sus cuadros, se dio cuenta que igual no tenía el talento necesario para convertirse en pintora. Además Denley se había cruzado en su camino. Así había llegado a diseños Lambert y lo echaba muchísimo de menos. En Boston se aburría como una ostra.

— ¿Sabes? Igual deberíamos fijar la fecha de la boda.

El nudo en el estómago que tenía desde que había salido de Nueva York, en ese momento se hizo bastante más grande y colocó su mano en la base del estómago forzando una sonrisa— ¿Raychel?

Al oír esa voz se quedó sin aliento pensando que serían imaginaciones suyas. Se volvió lentamente y parpadeó al ver Denley ante ella vestido de etiqueta. Igual no estaba loca y era real. Él sonrió mirándola de arriba abajo. El vestido gris perla de seda que llevaba, le quedaba precioso y se sintió hermosa cuando la miró —Estás distinta.

—Disculpe, ¿usted es?— preguntó Julian mirándolo con desconfianza.

—Denley Lambert. — alargó la mano y su prometido se la estrechó.

—Julian Ortega.

—No necesita presentarse. Es bien conocido. —dijo con una agradable sonrisa.

— ¿Y de qué os conocéis?— preguntó Julian cogiéndola por la cintura como si se sintiera amenazado.

Denley levantó una ceja y ella salió de su sorpresa contestando— Era mi jefe en un trabajo que hice en Nueva York

Eso pareció relajar a Julian que sonrió— ¿Y quedó contento con ella?

—Mucho. — dijo mirándola a los ojos— Se hizo imprescindible.

—Es que mi chica tiene mucho talento.

Se sonrojó y bebió de su copa mostrando que le temblaba la mano. Al bajar la copa se lamió el labio inferior inconscientemente y Denley no se perdió detalle— ¿Y qué le trae a Boston?— preguntó nerviosa.

—Negocios. Se acercan las Navidades y quería solucionar unos asuntos antes de las fiestas.

—Entiendo. ¿Y cómo va todo en la oficina?

—Stella se ha separado, pero seguro que ya lo sabes porque os escribís a menudo.

—Sí. — sonrió con pena— Lo he sentido mucho por ella. Le quería.

—Es que a veces no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. — dijo mirándola fijamente robándole el aliento.

Julian vio a un conocido y les dijo— Vuelvo en un minuto. ¿Me la cuida, Lambert?

—Claro que sí. Tómese todo el tiempo que quiera.

Su prometido sonrió y la besó en la sien antes de apartarse. Denley perdió algo la sonrisa— ¿Sabe él que mientras estabais separados era a mí a quién querías?

Le miró atónita— ¿De qué hablas?

— ¿Qué me enviabas regalos, qué me escribías? ¿Se lo has dicho a tu prometido?

— ¿Y por qué iba a decírselo? No pasó nada.

—Porque yo no quise.

—Exacto. Nunca hubiera pasado nada entre nosotros, porque tú nunca te hubieras fijado en mí. ¿Crees que soy idiota? ¿Una niña rica descerebrada que no sabía lo que hacía? Lo sabía muy bien. Tú me veías como un insecto molesto, mientras que yo te observaba como quien observa a una estrella de cine. Nunca estaría contigo, pero me gustaba contemplarte. — Denley se tensó y ella se echó a reír— Te admiraba. Punto. Pero de ahí a que hubiéramos tenido algo, es dar mucho por supuesto, Denley.

La cogió por el brazo furioso— ¿Vas a negar que si yo hubiera querido, hubieras acabado conmigo en la cama?

—Antes del incendio sí lo hubiera hecho. — respondió muy seria mirándolo con sus ojos verdes brillantes de excitación— Pero después todo cambió.

Él apretó los labios— No quería hacerte daño.

—Mentiroso. Claro que querías. Te proporcionaba buenos ingresos y no querías despedirme, pero odiabas que me acercara a ti. — dijo rota de dolor— Te he dicho que no soy estúpida. Me utilizaste como me utiliza Julian, pero él no me hace daño.

— ¡No te utilicé! Sólo que no sabía que eras tú...

—Vuelves a mentir. — dijo con desprecio— Como dijiste, lo sabías pero no podías probarlo. Ahora suéltame antes de que llames la atención.

Muy tenso se enderezó y soltó su brazo—Quiero que vuelvas. —esas palabras la decepcionaron tanto que no pudo disimularlo y Denley la miró preocupado— Vamos nena, tienes que volver a Nueva York.

—De todas las personas que me han decepcionado en la vida que me ha tocado vivir, nunca nadie me ha decepcionado como tú. — susurró dolida provocando que diera un paso atrás como si lo hubiera golpeado —Al menos cuando me despreciabas eras sincero.

—Raychel, no digas eso.

—Realmente da asco lo que el dinero provoca en las personas.

Se giró para dejarlo, pero él la volvió a coger por el brazo — ¡Esto no tiene nada que ver con el dinero!— la miró a los ojos— ¿Quieres saber por qué quiero que vuelvas? Porque cuando me enteré de que el incendio no lo habías provocado tú, me sentí como un cabrón insensible. Porque cuando fui al hospital esa noche y escuché tus gritos de dolor, no fui capaz de entrar para consolarte como un jodido cobarde. — los ojos de Raychel se llenaron de lágrimas— y porque...

—Raychel ¿quién es este hombre tan guapo?

Su hermana Terry apareció vestida con un impresionante vestido dorado y frunció su delicado ceño al ver que la sujetaba por el brazo. Denley se separó de ella lentamente y su hermana la miró a la cara tensándose en el acto— ¿Raychel?

—Todo está bien. — dijo ella forzando una sonrisa— Terry, él es Denley Lambert.

Su hermana que era la única persona del mundo en quien confiaba plenamente, miró a su ex -jefe como si quisiera matarlo— Buenas noches, señor Lambert. ¿Qué hace en Boston?

—Veo que mi fama me precede.

—Pues sí. Y ahora si nos disculpas, queremos seguir con la fiesta.

—Terry...

Su hermana hizo un gesto con la mano y dos segundos después sus guardaespaldas se acercaron a ellas— Raychel...— Denley la miró a los ojos— tienes que volver para que haga las cosas bien.

—Las cosas están bien como están. — dijo intentando no llorar — Adiós, Denley.

— ¡Aquí no eres feliz, lo puede ver hasta un ciego!—le miró dolida y se giró no queriendo continuar con la conversación— Raychel...

—Estos señores le acompañarán a la puerta. — dijo Terry en ese tono

lacerante que había aprendido de su madre— No vuelva a acercarse a mi hermana.

Raychel no quiso escuchar más y aceleró el paso hasta echar a correr, saliendo de la fiesta. Bajó los escalones del hotel, sujetándose el bajo del vestido y en cuanto salió al exterior se dirigió hacia un taxi que la llevó a su apartamento en la zona alta de la ciudad.

Sólo cuando estuvo detrás de la puerta cerrada, pudo dar rienda suelta a sus lágrimas. Se sentía tan sola. Nadie la entendía. Añoraba su vida en Nueva York. Poder hacer lo que quisiera cuando quisiera. Tener un trabajo normal. No había conseguido triunfar en lo suyo, pero tampoco lo había intentado realmente.

En realidad todo era culpa de Denley. Había pasado por la calle de su empresa justo cuando él entraba y no había podido evitarlo. Había sido superior a sus fuerzas. Cuando se enteró de que trabajaba en una empresa de diseño, le pareció perfecto y buscó un trabajo allí. Fue una suerte que quedara una vacante en su departamento y después vino todo lo demás.

Eso ni siquiera se lo había dicho a su hermana que era a la única a la que se lo contaba todo. Simplemente le había dicho que se había puesto a trabajar para ser independiente y su hermana que era una abogada de prestigio, se había sentido orgullosa de ella.

Incluso se había llegado a mentir a sí misma, diciendo que necesitaba el trabajo para pagar las facturas, cuando tenía una cuenta a rebosar de dinero.

Aquello no era normal. Estaba mal de la cabeza. Se sentó en el suelo y se pasó las manos por la cabeza viendo cientos de imágenes de Denley en su cabeza, que había intentado reprimir durante esos días. ¿Se estaría volviendo loca? Se levantó temblando y respirando agitadamente. Cuando llamaron a la puerta se volvió muy nerviosa.

— ¿Raychel?

— ¡Vete!— le gritó a la puerta al darse cuenta que era Denley.

— ¿Raychel?— la voz de él se elevó — ¿Qué pasa? Abre la puerta.

— ¡Déjame en paz!

— ¡Nena, déjame entrar!

— ¡No quiero verte más!— grito histérica. Chilló cuando vio como abría dando una patada a la puerta y al ver el estado en que se encontraba, levantó una mano intentando calmarla.

—No pasa nada. — le susurró entrando en el apartamento y cerrando

la puerta.

— ¡Tienes que irte! — rogó llorando.

—No me voy a ir a ningún sitio. Y si me voy, vendrás conmigo. —
negó con la cabeza y se pasó la mano por la cara para limpiar sus
lágrimas. Al ver su anillo, se echó a llorar otra vez —Lo arreglaremos.

— ¡No arreglaremos nada!— le gritó ella furiosa — ¡Todo esto es
culpa tuya! ¡Yo tenía una buena vida!

—Estás enfadada conmigo. Lo entiendo. Soy idiota por no haberme
dado cuenta de muchas cosas. — dio un paso hacia ella y Raychel dio un
paso hacia atrás.

— ¡Eres un idiota!

—Sí, soy idiota.

De repente Raychel le miró parpadeando y se echó a reír. Denley se
acercó a ella y le acarició la mejilla provocando que se le cortara el
aliento al sentir su tacto. Le miró a los ojos y él dijo en voz baja— No
quiero que llores más por mi culpa.

Su mano bajó hasta su cuello y se lo acarició hasta el lóbulo de su
oreja mientras acercaba su cara a ella besándola suavemente en su labio
inferior, provocando que Raychel suspirara— Eres mía. —dijo
cogiéndola de la cintura y pegándola a él antes de besarla
apasionadamente, provocando en ella unas sensaciones que no sabía ni que
existían. Al sentir su lengua entrando en su boca, fue como si el fuego la
recorriera de arriba abajo y sólo pudo sujetarse a sus hombros. Y
entonces todo se desencadenó. Fue como si de repente ambos se sintieran
ansiosos por estar con el otro y se abrazaron queriendo más. Las manos
de Denley fueron a parar a su trasero apretándose contra su sexo erecto
y ella gimió en su boca tirando de su cuello. Denley tiró de su vestido
hacia arriba y la empujó contra la pared. Ella gimió separando su boca y
le miró a los ojos cuando metió una mano entre sus piernas acariciándola.
Con la respiraciones alteradas se miraron a los ojos y jadeó cuando le
arrancó las bragas antes de que Denley la cogiera por las caderas
elevándola sin dejar de mirarla—Eres mía. — dijo antes de entrar en ella
lentamente. Raychel cerró los ojos, arqueando su cuello hacia atrás y él se
lo besó hasta llegar al lóbulo de su oreja— Mía. — susurró antes de
moverse en su interior con fuerza. Ella gritó de placer y se aferró a su
cuello queriendo más provocando que él acelerara sus investidas. El
éxtasis casi le llegó por sorpresa y con tal fuerza, que la dejó sin fuerzas

entre sus brazos.

—Nena. — le susurró al oído— ¿Cielo...— asustado la miró tocando su cara— Joder, pensaba que te habías desmayado.

—Mumm. Sí.

Denley la miró divertido— ¿Sí, qué?

Raychel abrió los ojos como si le pesaran— Que me he desmayado.

— ¿Es coña, no?— la miró preocupado y la cogió por la barbilla para mirarla bien.

—No...Creo que... Bueno, no lo sé.

La miró divertido— Así que te ha gustado.

Insegura le miró— ¿Y a ti?

—Te voy a demostrar lo que me ha gustado. — la besó en los labios suavemente— Te vas a desmayar mucho esta noche.

Intentó llevarla en brazos pero a oscuras y con los pantalones bajados les entró la risa —Espera. — la dejó en el suelo y se subió los pantalones a toda prisa.

De repente se abrió la puerta de su piso chocando contra la pared y entró Bill con la pistola en la mano. Denley se tiró sobre ella y Rachel gritó al oír un disparo.

Durante unos segundos sólo se escuchó silencio y Rachel asustada miraba a Denley a los ojos.

— ¡Levante las manos!—gritó Bill entrando en la casa con otro guardaespaldas detrás sin dejar de apuntarlos.

—Denley. — susurró muerta de miedo — ¿Estás bien?

—Sí. — la abrazó con fuerza.

—Levanta las manos antes de que te maten. — dijo asustada.

—Nena...

—Levanta las manos. — le suplicó.

Él lo hizo lentamente separándose de ella y Rachel se apoyó en la pared — ¡Bajar las armas!

—Raychel ¿estás bien?— preguntó Bill preocupado. Su compañero encendió la luz pero siguieron apuntando a Denley que los miraba furioso.

— ¡Estáis mal de la cabeza! ¿Cómo se os ocurre disparar de esa manera?

Temblando Raychel sintió su vestido húmedo y miró hacia abajo. Al ver una gran mancha oscura en su costado, empezó a temblar incontrolablemente y Bill la miró — ¡Joder, llama a una ambulancia!

Denley la miró y palideció al ver su mano ensangrentada —Nena...

Asombrada le miró a los ojos— ¡Me han pegado un tiro! Ya verás cuando se entere mi padre.

Denley intentó acercarse pero Bill no dejaba de apuntarle— ¡No se mueva!

— ¡Cállate imbécil!— le gritó ella furiosa — ¡Y guarda el arma! ¡Se te va a caer el pelo!

Bill apretó los labios antes de bajar el arma y Denley la cogió en brazos — No te preocupes, nena. Enseguida viene la ambulancia. — miró a Bill como si quisiera matarlo mientras se sentaba en el sofá con ella encima— Más te vale que te encargues de que venga una ambulancia.

—Está de camino. — dijo el otro guardaespaldas con el teléfono en la mano —También he llamado al jefe.

— ¡Serás gilipollas! ¡Nos va a colgar por los huevos!—gritó Bill mientras Denley le acariciaba el cabello a Raychel muy nervioso.

Ella sonrió —No me va a pasar nada.

—Vendrás a Nueva York conmigo. — le ordenó— Así que tienes que ponerte bien.

Esa frase le borró la sonrisa —No puedo volver.

—Nena, claro que vas a volver. — la abrazó a él y la besó en la coronilla —Tienes que volver.

—Mi vida está aquí. — dijo contra su cuello sintiendo que las fuerzas la abandonaban y que su visión se nublaba.

—Tu vida está conmigo.

Eso fue lo último que oyó antes de perder la consciencia.

Capítulo 4

Cuando se despertó hizo una mueca porque le dolía el costado y vio a su madre sentada en una silla con el traje de noche negro que llevaba en la gala. Varios mechones se le habían escapado del recogido y tenía los ojos hinchados como si hubiera llorado mucho.

—John, dime que se pondrá bien. — había miedo en su voz y la vio levantar la vista hacia el fondo de la habitación. Ella siguió su mirada y vio a su padre sin la chaqueta del smoking ni pajarita. En su expresión se veía que estaba muy preocupado.

—Se pondrá bien. Ya has oído al cirujano. La ha dejado como nueva.

—No teníamos que haberla dejado ir a Nueva York. —dijo su madre poniéndose a llorar — Es muy inocente y siempre le hacen daño.

Su padre se acercó a su madre y se acuclilló ante ella— Eh... no llores. Es muy fuerte.

—Está enamorada de ese hombre. Me lo ha dicho Terry. Y él le ha hecho daño. Sólo mostró interés por ella cuando se enteró de quién era. Y ahora ha vuelto a por ella.

—Parecía muy preocupado por ella. — su padre le acarició la mejilla.

— ¡Entró en su casa a la fuerza! No lo quiero cerca de mi hija.

—No es culpa suya que Bill le haya pegado un tiro a la niña. — dijo su padre empezando a enfadarse— Ese imbécil. Voy a hacer que nunca más pueda trabajar en seguridad.

—No es culpa de Bill. —dijo sin poder evitarlo.

Sus padres la miraron y se acercaron a ella rápidamente— ¿Como estás, mi amor?— preguntó su madre acariciando sus rizos.

—Bien. — sonrió con cansancio — Bill hizo su trabajo pero tiene una puntería pésima.

Su padre sonrió— Cierto.

—Es culpa mía por irme de la fiesta sin avisar.

—También es cierto.

Su madre miró a su padre como si quisiera matarlo— A ver si ahora

tiene la culpa la niña de que ese idiota le haya pegado un tiro.

—Tranquila, mamá. —le cogió la mano —¿Cómo está Denley?

Su madre se tensó y miró a su marido—Sobre ese hombre...

—Cielo, no creo que sea el momento. — la cortó su padre antes de mirarla con sus ojos azules —Está en la sala de espera. Dice que no piensa moverse hasta que no te vea.

— ¿Le habéis dicho que estoy bien?— sus ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo.

—Claro que se lo hemos dicho. — respondió su padre con suavidad. Le acarició la mejilla y le guiñó un ojo— ¿Quieres verlo?

Pensó en todo lo que había dicho él antes del disparo y en su comportamiento en Nueva York. También acababa de escuchar a su madre y todo lo que había dicho era cierto. Le quería, pero él no la amaba. Era cierto que su actitud había cambiado como de la noche al día con ella y eso era casi milagroso. Y ella no creía en los milagros. ¿Cómo un hombre podía pasar de no soportar a una persona, a decir que era suya? Era imposible. Sintiendo que se le rompía el corazón miró a su padre y él asintió— No te preocupes. Se irá de inmediato.

— ¿Puedes decirle algo de mi parte?

—Claro, cielo.

Una lágrima cayó por su mejilla— Dile que esto es lo mejor para los dos y que no quiero volver.

—Muy bien.

Se alejó de ella y fue hasta la puerta abriéndola sin perder el tiempo. En cuanto salió de la habitación, miró a su madre que la observaba con los ojos llenos de lágrimas— Te olvidarás de él. — susurró.

—Puede, pero estoy casi segura de que no será así. Le quiero.

—Tú te mereces algo mucho mejor.

—Yo no quería algo mejor. Le quería a él. —volvió la vista hacia el otro lado de la cama y a través de la ventana vio que era de día — ¿Sabes? Cuando le vi por primera vez, sentí que los pies se despegaban del suelo. Nunca me había sentido mejor y tenía la sensación de que era feliz sólo con verlo. Por eso pedí el trabajo en su empresa y durante dos años tenía una razón para levantarme por las mañanas.

—Dios mío, hija. — dijo su madre desgarrada.

Sonrió con tristeza— Todas las mañanas esperaba en la esquina a que él llegara. — se echó a reír— Tenías que verle la cara. Aparentaba

aburrimiento pero en realidad no podía ni verme. De todas maneras, intentaba hablar con él ignorando ese hecho. Le escribía mails anónimos — soltó un risita— y le hacía regalos.

— ¿Qué le escribías?

—Tonterías. — sonrió recordando— Un día se mojó los bajos de los pantalones en un charco al salir del coche y le escribí diciendo que los pusiera a secar en el radiador. Que Stella su secretaria, se alegraría la vista.

Su madre soltó una risita y ella la miró— Cosas así.

— ¿Sabía que eras tú la que le escribía?

—Lo suponía. Sobre todo porque lo esperaba por las mañanas y varias veces me vio ante su casa.

— ¿Qué?

Se echó a reír al ver su cara de asombro— No soy una acosadora.

Las carcajadas de su madre la hicieron reír otra vez y gimió cuando le dolió el costado — Pobre hombre. ¿Durante dos años te tuvo detrás y no te echó de la empresa?

Eso le hizo perder la sonrisa— Soy muy buena en mi trabajo.

—Ya veo. — le acarició la mano y la abrió para ver la cicatriz— Pero le salvaste la vida.

—Estaba resfriado y no fue a trabajar. Me pasé por su casa después del trabajo y vi el humo salir de la puerta. Simplemente entré y no me arrepiento.

—Pero pasó algo ese día ¿verdad?— preguntó al ver su expresión.

—Fue el desprecio de su voz. — dijo sintiendo un nudo en la garganta— Cuando me vio sobre él despertándole, me habló de una manera que me hizo daño. No había ocurrido hasta ese momento y me hizo sentir como sino fuera nada para él. Me gritó y me acusó de quemarle la casa.

—Lo siento mucho, hija.

Se miraron a los ojos— No me voy a casar con Julian.

—Lo sé. No te preocupes por eso.

—No encajo aquí, mamá. No seguiré viviendo así. Me estoy volviendo loca.

—Shuss. — su madre le limpió las lágrimas— Cuando salgas del hospital hablaremos de ello. Encontraremos una solución.

Su padre entró en la habitación y parecía disgustado — ¿Qué ha

pasado?

—Lo ha tenido que sacar seguridad. No quería irse.

— ¡Dios mío!— exclamó su madre.

Su padre se acercó a ella y sonrió— Me ha dicho que leas tus mails, que ahí te lo explica todo.

Sorbió por la nariz sin entender lo que quería decir— ¿Mis mails?

—Eso me ha dicho.

—No sé qué puede decirme que no me haya dicho ya. — cerró los ojos y los abrió de golpe —La cuenta falsa.

Su madre sonrió— Hija, ya los leerás cuando te encuentres mejor.

— ¿Qué cuenta falsa?— su padre estaba intrigado.

—Ya te lo explicaré luego. — miró a su marido como si tuviera mucho que contarle y John asintió.

Miraron a su hija que agotada cerraba los ojos de nuevo y cuando se quedó dormida John levantó una ceja — ¿Vas a explicarte?— susurró a su mujer.

—Investiga al señor Lambert, querido. Porque va a ser tu yerno.

La mirada de decisión en su mujer le puso alerta— ¿Y cómo piensas conseguirlo ahora que lo ha echado?

—Porque haré que se arrastre hasta que se dé cuenta que la quiere. — su marido la miró sin comprender —Es una larga historia.

—Sin duda también es muy interesante.

—Primero haré que se recupere. No sólo físicamente, sino anímicamente. Está hecha un lío.

— ¿Y cuando descubra lo que quiere?

—Se casará porque está enamorada.

— ¿Y él?— preguntó desconfiando.

—Eso es lo que vas a averiguar, mi amor. Tiraremos el cebo a ver qué sale.

— ¿Estás segura? Puede que después ella se sienta peor.

—Acaba de despachar al amor de su vida porque desconfía de él. Tenemos que hacer que recupere la confianza en sí misma y en los demás. Sino sale bien, no le diremos nada.

Su padre asintió mirando a su hija — Pues espero que pase la prueba porque me cae bien.

— ¿De veras?

—Parece un hombre, no como esos niñatos que normalmente rodean

a nuestras hijas.

— ¿Entonces estás de acuerdo?

Se miraron a los ojos— Sólo si ella no se entera de nada.

—Hecho. — se estrecharon la mano y John tiró de ella para darle un beso en los labios.

— ¿Recuerdas cuando la pasaste tú?

Su marido gimió antes de reír— Tu padre me las hizo pasar canutas.

—Pero lo conseguiste. — le rodeó el cuello con los brazos mirándolo con amor— Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor.

— ¿Cómo te encuentras?— preguntó su hermana cogiéndola del brazo para ayudarla a sentarse en la hamaca.

—Todavía no tengo ni idea de qué hacemos en la casa de la playa. — dijo mirando a su alrededor. La casa de la República Dominicana nunca se usaba en Navidades. Iban a Aspen unos días y pasaban las fiestas en Boston.

—Unas Navidades tranquilas era lo que necesitabas. — su hermana se tumbó en la otra hamaca con un bikini rojo y miró hacia el mar antes de ponerse las gafas—Si nos hubiéramos quedado allí no nos habrían dejado en paz.

Miró a su hermana extrañada— ¿Y no te parece raro que se haya estropeado el wifi? No me dejan acceder a Internet. Déjame el móvil.

—A mí tampoco me funciona.

—Pues llévame hasta el hotel de aquí al lado. Allí seguro que hay.

— ¿Y qué quieres ver, que tienes tanta prisa?

Desde que había salido del hospital no la habían dejado un momento a solas para poder ver los mails de Denley y necesitaba leerlos. Sabía que era una tontería, pero aún así necesitaba leerlos. Y como quería intimidad para hacerlo en Boston no había podido hacerlo porque su madre no se separaba de ella y porque inexplicablemente el ordenador de su antigua habitación había desaparecido, su móvil no funcionaba y desde que habían llegado la antena del wifi tampoco. Todo empezaba a ser un poco raro.

Miró a su hermana con desconfianza— Muy bien, suéltalo ya.

Terry que estaba hojeando una revista la miró sin entender.

— ¿Qué coño está pasando?

— ¿De qué hablas?

— ¿Me estáis ocultando algo?

Su hermana parpadeó asombrada— Nada.

—No sabes nada. — dijo decepcionada.

—Me considero una persona inteligente, pero te aseguro que no tengo ni idea de qué me hablas.

—Déjalo. — miró hacia el mar y contempló un rato las olas. Le encantaba esa casa. No era una gran mansión, sino una casa familiar donde siempre lo pasaban muy bien. Era un sitio para relajarse sólo ellos. Las habitaciones salían directamente a la playa y era tan relajante que era su padre insistía en ir una vez al año, un mes por lo menos. Para recargar las pilas.

Cerró los ojos acariciándose el costado— ¿Te duele?

Su hermana no perdía detalle— Está sensible, eso es todo.

—Deberías ponerte pantalones largos. No es bueno que a la cicatriz de la pierna le dé el sol.

Se miró. Los pantalones cortos y la camiseta de tirantes que llevaba, era cierto que no cubrían la cicatriz de los puntos del muslo, ni la quemadura de la pierna —Joder, estoy hecha un desastre— dijo antes de echarse a reír.

Su hermana sonrió — La verdad es que llevas una racha...

Eso le hizo recordar a Denley y perdió la sonrisa. Su hermana bajó las piernas de la tumbona y le cubrió las piernas con un pareo ligero — Solucionado.

—Gracias. — susurró intentando no llorar.

Su hermana se sentó a su lado y sonrió apartándole un rizo de la frente— No tienes que preocuparte. El tiempo pone las cosas en su sitio.

—Sí.

—Julian se lo ha tomado muy bien y...

—No estábamos enamorados. ¿Por qué se lo iba a tomar mal?

— ¿Quizás porque llevabais comprometidos tres años?

—Tú sabes porque lo hicimos.

Su hermana hizo una mueca— Y te dije que era un error.

—Sabelotodo.

—Gracias. —orgullosa de sí misma, levantó la barbilla haciéndola reír cuando escucharon el sonido de un helicóptero.

— ¡Papá ha llegado!— gritó su madre desde el interior de la casa— ¡Chicas, a comer!

—Espero que la haya preparado Rocío. — dijo Terry poniendo cara de asco —Cuando le da por cocinar, en realidad sólo quiere envenenarnos.

— ¡Serás mala! ¡Lo hace para ser una familia normal!

—Pues como siga cocinando así, se quedará sin familia porque nos enviará al otro barrio.

Raychel se echó a reír y se levantó lentamente de la tumbona para cruzar la arena hasta la casa. Cuando entraron en la casa por la puerta del salón-comedor vieron la mesa puesta y Terry sonrió al ver la ensalada— Rocío. — susurró levantando el pulgar.

Sonrió y al girarse vio entrar a su padre con un sobre en la mano. Todavía llevaba el traje, lo que significaba que habían salido de Boston después de ir a la oficina— ¡Hola, papá!

— ¿Cómo está mi niña?— se acercó y le dio un abrazo.

—Muy bien, gracias. — dijo Terry con ironía.

— ¡Eh, que me han pegado un tiro!

—Ya, ya. — dijo poniendo los ojos en blanco.

Su padre riendo se acercó a Terry y la abrazó besándola en la sien— ¿Dónde está tu madre?

—Espero que cocinando no.

—Dios te oiga. — dijo su padre haciéndolas reír— ¡Cariño, si tienes una sartén en la mano, déjala!— entró en la cocina y ellas se sentaron en la mesa.

Terry sirvió el agua y sentada a su lado, abrió el pan muerta de hambre. Estuvieron hablando un rato y cuando se terminó el pan gritó— ¿No vamos a comer? Mierda, estoy muerta de hambre. —miró divertida a Raychel— ¿Qué? Cuando estoy de vacaciones como lo que quiero.

—Al menos a ti las dietas te funcionan.

—Es porque no eres constante. Céntrate en un objetivo y no te detengas hasta conseguirlo.

—Ya, pero los macarrones con queso se interponen en el objetivo siempre que me lo propongo. — se metió un trozo de pan en la boca y su hermana gimió.

Sus padres salieron de la cocina con una sonrisa de oreja a oreja y Terry frunció el ceño— ¿Qué pasa? ¿Somos aún más ricos?— su hermana se levantó mostrando su pareo— No, no me lo digáis, esperar a que lo adivine. —su madre la miró exasperada— ¡Ya lo tengo! ¡Papá ha llevado a la bancarrota a la reserva Federal!

—Muy graciosa. — dijo su padre haciéndolas reír —Algún día me agradecerás que seamos tan eficientes con el dinero.

—No papá, serán nuestros tataranietos quienes te lo agradecerán.

Raychel miraba a sus padres con una sonrisa en la cara— ¿Y cual es esa noticia? Debe ser muy buena para que mamá tenga esa expresión en la cara.

—Serán descaradas. — dijo su madre exasperada.

—Venir aquí. — dijo su padre yendo hacia los sofás blancos del salón.

Confundida miró a Terry que se encogió de hombros y se acercaron a sus padres sentándose en el sofá de en frente.

Su padre la miró a ella y su madre también— Ah, es cosa tuya. — dijo Terry mirándola también.

— ¿Mía?

—Cielo, no te enfades. — dijo su madre poniéndola alerta.

— ¿Por qué iba a enfadarme?

Su padre sacó del sobre unas fotografías y se tensó al ver a Denley sobre la mesa. Cogió las fotos a toda prisa y le vio en varias situaciones —Le habéis investigado. — susurró comiéndoselo con los ojos.

—Era necesario. —el tono de su madre le decía que los comprendiera —Queríamos probarte algo.

Esa frase la confundió todavía más— ¿Probarme algo?

Su madre pellizcó el brazo de su padre y él empezó a hablar— Nunca os hemos dicho lo que hizo el abuelo antes de que nos casáramos.

— ¿El abuelo?— Terry tampoco entendía nada.

—Me hizo pasar una serie de pruebas antes de dejar que me casara con vuestra madre.

— ¿Qué pruebas?— Raychel no salía de su asombro y no llegaba a entender qué tenía que ver eso con Denley.

—Pues me tentó.

— ¿Te tentó con qué? ¿Con dinero?

Su padre sonrió— Eso habría sido lo fácil. Ofrecerme dinero para que me largara o hacerme firmar un contrato prematrimonial.

— ¿Entonces?— Terry estaba de lo más interesada.

—Me tentó de otras maneras. —miró a su mujer y sonrió cogiendo su mano— Puso a detectives a seguirme y contrató a unas mujeres preciosas.

Raychel se tensó enderezando la espalda— Entiendo.

—Tu padre pasó esa prueba con creces. — dijo su mujer orgullosa — Estaba tan deprimido porque papá no me dejaba verle que ni las miró siquiera. Y eran preciosas.

—Felicidades. — dijo desmoralizada porque esa prueba Denley no la pasaría.

—También pasé otras pruebas.

— ¿Cómo cuales?

—Bueno. — miró de reojo a su mujer— Sabéis que en aquella época yo tenía una empresa de transportes.

—Sí. Todavía la tienes. — dijo Terry.

—Pues tu abuelo la hundió. No le costó mucho, la verdad. Un par de llamadas y me había quedado sin clientes.

A Raychel se le cortó el aliento— Papá ¿qué has hecho?

—Esa prueba también la superó. No me pidió dinero para salir adelante. — dijo su madre orgullosa — Y lo hizo. Consiguió levantarla otra vez en un año.

— ¡Un año!— la sangre de Raychel iba a toda velocidad.

—Cielo, estás pálida. — dijo su padre preocupado.

— ¿Qué habéis hecho?

Sus padres se miraron— ¿No quieres seguir oyendo la historia?

—Yo sí. — dijo Terry ganándose una mirada de odio de su hermana — ¡Quiero saber cuales fueron la pruebas! ¡Igual las necesito en el futuro!

— ¡Terminar de una vez!— gritó furiosa temiendo lo que habían hecho.

—Bueno, no hay mucho más. —dijo su madre avergonzada— Le dije que me habían propuesto matrimonio y que pensaba decir que sí. Pero eso tú ya no puedes hacerlo porque con lo de Julian él supero la prueba. Fue hasta Boston.

— ¿Qué más?— Terry estaba emocionada.

Su padre hizo una mueca— Tu abuelo me pegó una paliza.

Ambas hermanas le miraron con la boca abierta— Es una broma, ¿no?— gritó Raychel histérica.

—No llegaremos a tanto.

— ¡Claro que no, porque no vais a hacer nada de esto!— gritó levantándose del sofá.

Sus padres se miraron y se llevó una mano al pecho— ¿Qué prueba?

Como no contestaban, volvió a gritar — ¿Qué prueba le habéis hecho

pasar?

—Las dos primeras. — respondió su padre como si temiera que le fuera a dar algo.

—Coño. — Terry la miró preocupada antes de preguntar— ¿Y cómo van?

Su madre sonrió radiante — Las ha superado.

Raychel la miró incrédula— ¿No picó con las mujeres?

Su padre sacó las fotos del sobre y vio a cinco mujeres preciosas hablando con él — Se las pusimos a tiro y no mostró interés por ninguna. De hecho...

— ¿Qué?— preguntó impaciente.

Su padre sonrió de oreja a oreja— Le dijo a una de ellas en un bar mientras se tomaban una copa, que él estaba esperando a que su mujer volviera. Porque sabía que volvería.

—Que bonito. — dijo Terry mirándola — ¿Has oído eso?

—Sí. —susurró mirando una de las fotos. Estaba en la barra de un bar y parecía abatido. Entonces recordó la empresa— Si está en dificultades en la empresa, no puede pedirme el dinero porque no sabe donde estoy.

Su padre sonrió— Como no queríamos que te enteraras tuvimos que alterar esa parte. Le enviamos un abogado de tu parte al saber que estaba en dificultades y le propuso ofrecerle un préstamo.

A Raychel se le detuvo el corazón — ¿Y cómo reaccionó?

—Dijo que lo único que quería de ti no tenía nada que ver con el dinero. Que si querías ayudarlo, que volvieras al trabajo. — su padre se echó a reír a carcajadas y su madre la miró radiante.

— ¿Qué hicisteis para que estuviera en dificultades tan pronto?— preguntó Terry— ¿No sería nada ilegal?

—Bueno, muy legal no fue. — dijo su padre— Le pedí a un amigo que le bloqueara las cuentas por una inspección de hacienda.

— ¡Papá!

—Tranquila sólo estuvo en esa situación diez días y no cedió. No se ha arruinado, ni nada por el estilo. Aunque tuvo que tener los huevos por corbata cuando le exigieron el pago de no se qué. Ascendía a diez millones. — su padre lo dijo tan indiferente que Raychel no salía de su asombro —Su abogados estaban como locos.

Gimió pasándose una mano por la frente y su mirada volvió a caer en las fotografías — ¿Qué vas a hacer?— preguntó su hermana.

— ¡No lo sé!

—Hija, no sé si te ama pero estoy seguro que te está esperando.

—Ha pasado un mes. No es mucho tiempo.

—Raychel. — dijo su padre levantándose —Ese hombre espera que vuelvas. Está seguro que lo harás tarde o temprano.

Eso le robó el aliento y escuchó la voz de Denley susurrándole al oído que era suya. Miró a los ojos a su padre— Pero no me quiere.

—Eso no lo sabes.

—No me conoce. No quiso conocerme.

—Pues tendrás que regresar para que te conozca, ¿no crees?

Todos la miraron y ella asintió notando las mariposas en el estómago de nuevo por las ganas que tenía de verle.

Estaban comiendo la lasaña que había preparado Rocio, la cocinera, pero Raychel estaba demasiado inquieta como para comer— Me voy esta tarde.

—Me lo imaginaba. El helicóptero te está esperando. Y el jet está en el aeropuerto esperando a que llegues para llevarte a Nueva York.

Se levantó a toda prisa y fue hasta su habitación cogiendo únicamente el bolso. Cuando salió, su familia la esperaba de pie al lado de la puerta para despedirse y ella abrazó a su madre— Suerte, hija. —dijo emocionada —Ese hombre tiene mucha suerte.

—Espero que piense lo mismo.

Abrazó a su padre y le besó en la mejilla— Gracias.

—No me las des. Cuando se entere de lo que he hecho se va a poner furioso. Te lo digo por experiencia.

Su mujer sonrió abrazándolo— Última prueba.

—Tomo nota.

Terry la miró con lágrimas en los ojos— Cuando me toque a mí...

—Cuando te toque a ti estaré a tu lado. — dijo abrazándola— Para lo bueno y para lo malo ¿recuerdas?— le dijo al oído.

—Siempre. — la besó en la mejilla y le dijo— Venga, no le hagas esperar más. No vaya a ser que se arrepienta.

Sonrió alejándose y les dijo —Os llamaré.

Cuando salió de la casa sintió que iba a hacia donde debía estar. Volvía a casa.

Capítulo 5

Al entrar en su apartamento de Nueva York con un abrigo que le había prestado el chofer, se lo devolvió con una sonrisa —Gracias, ha sido muy amable.

—Un placer, señorita Turner. — dijo él hombre cogiendolo mientras miraba sus pantalones cortos —Realmente no es el vestuario mas adecuado para estar en Nueva York.

Ella se echó a reír— El viaje me pilló por sorpresa. Gracias de nuevo.

En cuanto cerró la puerta fue directamente a su ordenador e introdujo la dirección de correo que había inventado para los mails que le enviaba a Denley. Impaciente introdujo la contraseña y jadeó sorprendida al ver que tenía doscientos cincuenta y seis correos en la bandeja de entrada.

Impaciente abrió el primero y retuvo las lágrimas al leer al día siguiente del incendio “¿Eres tú? Si eres tú, lo siento y espero que estés bien”

El siguiente fue unos días después “No me has contestado. No sé si lo has leído siquiera o si simplemente me ignoras. Lo siento de verdad”

“Hoy te he visto en el ascensor y entiendo tu postura. No quiero que te sientas mal por ello. Pero a partir de ahora mírame cuando te hable, ¿vale?”

Raychel sonrió sin poder evitarlo y continuó leyendo el siguiente “Debo reconocer que me he llevado una sorpresa y tengo mil preguntas que hacerte, pero te has ido. Sé que no merezco ni una sola respuesta, pero créeme que cuando te he visto salir por esa puerta de cristal, he pensado por un momento que no volvería a verte. Y me niego”

Se pasó leyendo sus mails cuatro horas y cuando terminó había gastado toda la caja de pañuelos de papel. Ni una sola vez le había dicho que la quería, pero le había exigido que volviera mil veces. Sobre todo después de su encuentro en Boston. Sus mails a partir de ahí eran casi desesperados, preguntándole una y otra vez si estaba bien o por qué no quería verle. Pensando en ello se levantó de su asiento y miró por la

ventana del salón.

Ya era de noche y empezaba a nevar. Era muy tarde pero se moría por verle. Miró el ordenador y se acercó sentándose ante el teclado y empezando a escribir “Acabo de leer tus mensajes y no sé qué decirte. Sinceramente hasta hoy mismo, pensaba que tu actitud hacia mí había cambiado al conocer mi apellido, pero ahora no sé qué pensar. Necesito tiempo para aclararme. ¿Podrás esperar?”

Antes de pensárselo más lo envió. Eran casi las cinco de la mañana y no esperaba respuesta, pero inexplicablemente se quedó mirando la pantalla. Sonrió al ver el mensaje en su bandeja de entrada e impaciente lo abrió “Ya sabes dónde estoy, nena. Estoy deseando verte. Sólo dime que estás bien”

“Estoy bien” No se atrevió a escribir nada más, porque temía exponer sus sentimientos y estaba deseando verle. Esperaría hasta el día siguiente y le daría una sorpresa.

Le llegó otro mensaje a la bandeja de entrada y lo abrió rápidamente “No te has explayado mucho”

Sonrió divertida. Al parecer no quería dormir “¿No tienes sueño?”

“Muy graciosa”

“Es muy tarde. Mañana tienes que trabajar”

“Tú también deberías trabajar, llevas de vacaciones mucho tiempo. Te lo descontaré de las del verano”

“Estás muy seguro de que voy a volver”

“Tienes que volver. Todo lo que te dije esa noche es cierto”

Le dio un vuelco al corazón, escuchando en su oído que era suya. Como se quedó mirando la pantalla sin saber qué decir, recibió otro correo “Necesito que me creas, nena. Dame una oportunidad.”

“Dame tiempo. Hasta pronto.”—contestó poniéndose nerviosa al ver que insistía.

Se quedó mirando la pantalla pero no recibió más mensajes, así que él le dejaba espacio para que lo pensara.

Como no podía dormir, se puso a mirar por Internet qué podía hacer para sorprenderle. Tenía que ser algo especial.

A la mañana siguiente le envió una pistola de agua a la oficina y le puso en la tarjeta “Para que la próxima vez puedas defenderme”. Por la tarde le envió un telescopio “Quizás puedas verme con esto. Estoy al

fondo y a la izquierda”

Esa noche recibió un mail “Nena, si me dices dónde estás, yo también podré enviarte regalos”

“Eso no es divertido”

“¿Y te estás divirtiendo?”

“Sí”

“¿Crees que el juego durará mucho tiempo?”

“¿Estás impaciente?”

“Sueño con estar dentro de ti”— a Raychel se le cortó el aliento al leer eso —“¿Recuerdas cómo fue? Perfecto”

“No juegas limpio”

“Veo que lo recuerdas, nena. Como yo. Cada noche...” “¿Qué me regalarás mañana?”

Se echó a reír “Ya lo verás”

“Necesito calcetines”

“Serás caprichoso”

“También necesito muebles para la casa”

“¿Ya está lista?”

“¿Quieres verla? ¿Por qué no vienes de visita? ¿Qué tal una semana?”

“No llevo cerillas encima”

“Muy graciosa. Sí, muy graciosa.”

“Gracias”

“Dime cuándo vuelves”

“Depende de lo que me divierta”

“Yo haré que te diviertas muchísimo...”

“Antes no lo eras demasiado. Tus chistes no me hacían gracia”

“No me refería a ese tipo de diversión”

Raychel se echó a reír— “Serás pervertido”

“¿Se nota que necesito sexo?”

“Un poco. No, bastante. Se me acaba de ocurrir un regalo para mañana”

“No será uno de esos chismes a pilas”

“Claro que no. No soy tan obvia”

“Dime dónde estás”

“Hasta mañana”

“Hasta mañana, cielo”

Al día siguiente le envió una caja llena de calcetines de bebé “No sabía tu talla. ¿Crees que te quedarán bien?” y por la tarde le envió una caja de inhibidores de apetito sexual que había encontrado en Internet “Al parecer van muy bien para lo tuyo” La foto de la caja era muy específica y esperaba que no lo abriera con nadie cerca. Se partió de la risa pensando en ello.

Estaba cenando comida china viendo la tele cuando llamaron a la puerta. Se quedó con los palillos a mitad de camino y miró hacia la puerta sin saber qué hacer.

—Estoy oyendo la televisión, Raychel. Nena, abre la puerta.

— ¡Estoy cenando!

Escuchó su risa detrás de la puerta y sonrió mientras masticaba— ¿Y no me invitas?

— ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—He pasado por delante de tu casa y he visto la luz. No te has escondido mucho.

Suspiró mirando el cerdo agridulce — ¿Me dejarás cenar?

— ¿Tanto apetito tienes?

— ¡No deberías estar aquí!— se levantó dejando el envase sobre la mesa de café y se miró el pijama de flores que llevaba. No podía llevar nada más anti-sexo — ¿No sabes lo que significa la palabra tiempo?

— ¡Raychel, abre la maldita puerta!

— ¿No te has tomado las pastillas?

—Muy graciosa. Stella se quedó de piedra cuando vio la caja sobre el escritorio.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. Se miraron a los ojos y ella se sintió feliz —Tienes que irte.

Denley sonrió apoyándose en el marco de la puerta. Estaba guapísimo con su traje gris y su abrigo en el brazo— ¿No me invitas a cenar?— la manera en la que se lo dijo, le puso la carne de gallina y Raychel abrió los labios sin darse cuenta. Denley se agachó y atrapó sus labios tan rápidamente que no le dio tiempo a reaccionar. Empujó la puerta con la mano y ella tuvo que caminar hacia atrás. Ensimismada en sus caricias, no fue consciente de que Denley estaba cerrando la puerta y la cogía por la cintura para pegarla a él. Cuando separó sus labios ella y la miró a los ojos, le susurró— No vuelvas a irte.

—No me fiaba de ti.

—Lo sé. — le acarició la mejilla y su pulgar acarició su labio inferior— Pero tú me elegiste y no puedes echarme atrás. — atrapó su boca y la besó con fervor.

Raychel gimió levantando sus brazos para sujetarse en sus hombros, pero de repente se apartó de ella y parpadeó sin saber qué había ocurrido — ¿Qué pasa?

Denley se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá— ¿No querías cenar?

Atontada le vio coger uno de los envases y empezar a comer — ¿Es una broma?

—Me dijiste que tenías hambre.

—Es por el pijama, ¿verdad?— se miró y después le miró a él —No es muy sexy. Espera que me cambie.

—Nena, no es por el pijama. —dijo reprimiendo una sonrisa— ¿No querías tiempo para aclarar las ideas?

—He cambiado de opinión. — se acercó a él y se arrodilló a su lado. Le quitó el envase de las manos y le empezó a besar en la barbilla mientras sus manos empezaban a deshacer la corbata.

—Es que no quiero que hagas algo que no te apetezca. — dijo apartándola para coger otra vez el envase.

—Increíble. — dijo ella sentándose sobre sus talones viéndole comer su cena—Primero te presentas en mi casa, me pones a tono y ahora me dejas así. ¡Eso tiene un nombre!

Denley levantó una ceja— ¿Y si luego te arrepientes? Quiero que hagamos las cosas bien.

—Te he acosado, te he sacado de un incendio y me han pegado un tiro por tu culpa. ¡Me lo debes!

—No te han pegado un tiro por mi culpa.

—Sino hubieras tirado la puerta y después...

—Vale. —se miraron a los ojos— Luego no te quejes.

—Si es igual que la otra vez, no tendrás ninguna queja. —dijo levantándose y quitándose los pantalones.

Denley le miró las piernas y apretó los labios al ver su enorme cicatriz en el gemelo— ¿Te duele?

—En este momento no me duele nada. —dijo quitándose la chaqueta del pijama por la cabeza y quedándose desnuda ante él.

El alargó la mano dejando el envase sobre la mesa sin dejar de

mirarla —Nena...—dijo con voz ronca— Tienes los pechos más bonitos que he visto en la vida. —alargó la mano y acarició la curvatura de su pecho izquierdo provocando que se endurecieran sus pezones. Su mano bajó por su cintura hasta su cicatriz y Raychel tembló por la caricia— ¿Estás segura que puedes hacerlo? Hace poco que te operaron.

—Casi un mes. — se acercó a él siguiendo su contacto — ¿Te gusto? — preguntó insegura— No soy como esas mujeres con las que sales.

—No. — la miró a los ojos subiendo la mano por su espalda para atraerla a él y sentarla en su rodillas— Tú eres mucho mejor. — la cogió por la nuca y la besó devorándola. Ella le acarició la nuca y ni se dio cuenta que la levantaba en brazos separando su boca— La cama.

— ¿Uhhnn?— le besó en el cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja.

—Nena, la cama. —dijo con voz grave caminando con ella en brazos. No había demasiadas puertas así que la encontró enseguida mientras ella le besaba disfrutando de su aroma.

Cuando la tumbó en la cama se separó de ella y Raychel protestó. Denley mirándola a los ojos se sacó la corbata por el cuello a toda prisa y casi se arranca la camisa. A Raychel se le secó la boca y se sentó en la cama alargando la mano para tocarle el pecho — ¡Joder, Raychel!— dijo él cerrando los ojos al sentir sus dedos sobre su pezón. Ella no pudo resistirlo más y acercó su boca pasando la lengua por él provocando que Denley gimiera de placer. Nunca se había sentido más poderosa que en ese momento y le mordió el pezón suavemente antes de bajar por el centro de su pecho hasta su ombligo. El tensó el vientre y la cogió por la nuca para apartar su boca antes de besarla desesperado. Consiguió apartarla lo suficiente para quitarse los pantalones y cuando se tumbó sobre ella, Raychel gimió al sentir el roce de su piel y le abrazó el cuello. Denley abandonó sus labios antes de besar su cuello bajando hasta sus pechos. Ella gritó cuando sus dientes rozaron su pezón y arqueó la espalda sin darse cuenta pidiendo más. La mano de Denley acarició su cintura hasta su cadera abriendo más sus piernas antes de colocarse entre ellas y entrar en ella con una sola embestida que a Raychel le hizo gritar de placer. Él la miró a los ojos mientras entraba y salía de ella con firmeza provocando que su cuerpo se tensara casi dolorosamente antes de estallar en un orgasmo tan intenso que creyó que la mataría. Nunca en su vida se había sentido tan bien como en ese momento.

Totalmente agotada y con los ojos cerrados cuando empezó a recuperar la consciencia. Sintió sus manos acariciándola y sus labios sobre sus pechos— Piedad. — rogó intentando escapar.

—Dijiste que no te quejarías. — respondió divertido antes de besar su vientre. Ella le agarró del cabello y tiró de su cabeza hacia arriba mientras Denley se reía —Nena...

Se colocó sobre ella de nuevo y le acarició la mejilla sujetándose en sus antebrazos— ¿Volverás al trabajo?

— ¿Quieres que vuelva?

—Sólo si tú quieres. Pero te he echado de menos en el ascensor por las mañanas.

— ¿De veras?

Denley perdió la sonrisa— Lo siento, cielo.

—No tienes que sentir nada. No lo hacía por tener nada contigo. Sabía que no te gustaba.

—Estoy algo ciego.

—Más bien parecía que estabas sordo.

Denley se echó a reír y le besó en los labios— ¿Necesito sonotone?

—Ahora oyes mucho mejor.

Capítulo 6

Los siguientes días fueron los más maravillosos de la vida de Raychel. Como todavía no estaba bien del todo, él se negaba a que volviera mientras que trabajara en casa. Cosa que a ella no le hizo mucha gracia, por no poder verle tanto como quisiera. Pero en cuanto llegaba a casa, se pasaban horas hablando y haciendo el amor. Un sábado, que él estaba más descansado, no la dejó salir de la cama y ella decidió que ya podía volver al trabajo si podía pasarse tantas horas teniendo sexo.

Un mes después su madre llamó por teléfono y ella estaba lavando unos pinceles en su despacho— Dime.

— ¿Cómo va todo?

—Muy bien. —dijo con una sonrisa en la cara— Esta noche vamos al teatro a ver no sé qué musical.

—Hija, ¿sabes que ha papá le dan el premio a empresario del año?

— ¿Otra vez?— se detuvo dejando los pinceles en el tarro de cristal — ¡Es la tercera vez!

—Lo sé, pero sabes que eso va por votación y le ha vuelto a tocar. — dijo su madre aburrida— Papá quiere que vengáis.

— ¿Con Denley?

— ¿Acaso no es tu novio? Quiere que esté toda la familia y así nos conoceremos un poco.

Se mordió el labio inferior pensando que serían unos días estupendos —Tengo que hablar con él.

—Es dentro de dos fines de semana. El sábado. Pero así lo podéis pasar dos días enteros con nosotros. Podéis quedaros en casa en lugar de en el apartamento. Terry va a estar aquí. Vamos a organizar unos partidos de tenis.

—Lo hablaré con él, pero no te prometo nada. Todo es muy reciente.

—Vale, no hay problema. Sino quiere venir...

—No he dicho eso.

—Ya lo sé. Llámame en cuanto sepas algo. Por cierto si venís, recuérdale que se traiga el smoking. Los de alquiler no quedan igual de

bien.

—De acuerdo, mamá. Lo hablaré con él.

Colgó el teléfono y suspiró molesta porque la vida de Boston nunca la dejaría en paz — ¿Qué ocurre, nena?

Se sobresaltó al ver a Denley tras ella —Oh, nada. A papá le han dado el premio a empresario del año y quieren que vayamos.

La observó con sus ojos grises — Y no quieres ir.

—No es eso...— desvió la mirada avergonzada y él le cogió la barbilla— ¿Quieres ir?

— ¿Quieres ir tú?— su mano le acarició el cuello— Haremos lo que tú quieras.

—Allí es distinto. Necesitaremos seguridad y...

— ¿Por qué?— preguntó asombrado — Aquí no la necesitas. ¿Por qué ibas a necesitarla allí?

—Aquí no me conoce nadie, pero allí soy la hija de John Turner, ¿entiendes?

—En Nueva York también eres la hija de John Turner. Si alguien quisiera hacerte daño vendría hasta aquí, ¿no crees?

—Aquí no saben dónde estoy.

—No sería muy difícil averiguarlo.

Ella apartó la barbilla — Tienes razón. Son tonterías mías.

—Entonces ¿vamos o no?

— ¿Conservas el smoking?— preguntó abrazándolo por la cintura. Él hizo una mueca— ¿Qué?

—Nena, me lo manchaste de sangre.

—Vaya. Pues tienes que hacerte otro porque es en dos fines de semana. — le besó en la barbilla.

— ¿Ah, sí?— sus manos bajaron hasta su trasero— ¿Y tú qué te vas a poner?

—Un vestido premamá. —las manos de Denley se detuvieron en su trasero y Raychel notó como se le cortaba el aliento. Gimió sobre su camisa— Lo siento. Con todo lo que ha pasado, no pensé en ello y después... después ya era tarde.

Él la apartó para mirarla a la cara. Sus ojos grises parecían aún más oscuros— Nena, ¿me estás diciendo que estás embarazada?

—No te lo iba a decir así, pero lo de la fiesta lo ha adelantado...

—Joder, tengo que sentarme. —dijo él apartándose algo pálido y

apoyándose en el borde del escritorio.

Nerviosa se apretó las manos— ¿Estás bien, necesitas agua?

— ¿Agua?—la miró confundido.

—Alégrate. — dijo ella forzando una sonrisa — Tienes unos espermatozoides de primera. Me dejaste embarazada el día del disparo.

—Ay, madre. — se pasó una mano por la frente y ella se dio cuenta de que estaba sudando.

— ¿No te alegras?— susurró muy nerviosa y decepcionada.

— ¡No, no me alegro! ¡Acabamos de empezar!— la cara de Denley expresó lo disgustado que estaba — ¡Joder, casi no nos conocemos!

A Raychel le dio un vuelco el estómago y le miró dolida— Yo a ti te conozco muy bien.

— ¡No tan bien, si te has quedado embarazada!

—Eso no es justo. Tú también estabas allí.

Él suspiró— Es cierto. Perdona. — se pasó otra vez la mano por la frente —Es que me ha tomado por sorpresa. No esperaba todo esto...

— ¿Todo esto?— empezó a enfadarse— ¿Qué es todo esto? Porque te recuerdo que tú querías que volviera. ¿Oh, no?

— ¡No cambies de tema! ¿Qué tendrá que ver eso, con que vayamos a tener un hijo?

— ¡Tiene que ver porque ya estaba embarazada! —dijo cogiendo el abrigo. Denley apretó los labios— Me parece que estás empezando a darte cuenta que era mejor que no hubiera vuelto.

— ¡Deja de decir tonterías! ¿A dónde vas?— gritó al ver que iba hacia la puerta.

— ¡A tomar el aire!

Cuando salió de la empresa, caminó sin rumbo pensando que Denley no se lo había tomado muy bien. La verdad es que no se le había pasado por la cabeza protegerse. Julian siempre había tomado precauciones y era evidente que Denley había esperado que fuera ella la que tomara la píldora. Nunca habían hablado de ello y cuando se dio cuenta de la metedura de pata, fue al médico pero le dijo que no le daría nada hasta asegurarse de que no estaba embarazada. Análisis de sangre y bebé a la vista. Había retrasado la noticia tres semanas porque era muy fuerte decírselo. Como él decía acababan de empezar, así que lo fue retrasando, pero la llamada de su madre había acelerado un poco las cosas, porque Terry ya lo sabía y dudaba que se guardara el secreto lo suficiente. Estaba

emocionadísima con ser tía y la llamaba todos los días para ver si se encontraba bien.

Menudo desastre. ¿Y ahora qué iba a hacer? Estaba tan enfadada con él que ni tenía ganas de llorar. No había mentido cuando le había dicho que le conocía muy bien. Sabía que no se lo tomaría bien y con el carácter que tenía, se pondría hecho una furia. La verdad es que se había imaginado algo mucho más gordo, pero aún así, le había dolido, porque también tenía la esperanza de que le dijera que todo iba bien y que la quería. Y fueron felices y comieron perdices, pensó con ironía.

Un hombre la empujó y ella protestó mirando hacia atrás— ¡Tenga cuidado, hombre!

— ¡Cállate foca!

— ¿Cállate foca?

— ¡Sí, foca estúpida!— le gritó con desprecio dejando la atónita

— ¿Está usted loco?

— ¿Encima eres imbécil?

— ¿Qué si soy imbécil?— preguntó asombrada mirando a aquel gilipollas de mediana edad. Entonces no supo lo que le pasó por la cabeza porque le arreó con el bolso en toda la cara. El hombre puso los ojos en blanco antes de caer hacía atrás sin sentido, espatarrado en el suelo. Asombrada miró al hombre— ¿Oiga? —le dio con la punta del zapato en el tobillo— ¿Oiga? ¿Está usted bien?

— ¿Qué ha pasado?— preguntó un hombre agachándose al lado del hombre.

Ella abrió los ojos como platos— Pues...— mierda, ¿tenía que decir la verdad o tenía que mentir como una bellaca? Su padre la iba a matar como saliera en la prensa y Denley le provocaría dolor de cabeza con sus gritos —Le arreé con el bolso. — se decidió por la verdad — ¡Me insultó y le pegué!— dijo defendiéndose de la mirada de incredulidad del hombre.

— ¿Qué pasa aquí?

Raychel gimió al ver un policía de uniforme apartando a la gente— Llame a una ambulancia. Esta mujer le ha agredido.

— ¡No le he agredido! ¡Me he defendido!

— Dese la vuelta. — dijo el policía.

— ¿Para qué?

— Se viene a comisaría. Tengo que esposarla.

Ella dio un paso hacia atrás levantando una mano— Un momento, iré

donde quiera pero no me ponga las esposas. No me resistiré.

El hombre la miró de arriba abajo— Está bien.

Aquello fue un circo, porque el policía no se separaba de ella mientras llegaba la ambulancia y todo el mundo que pasaba por la calle se les quedaba mirando. Ella con curiosidad miró el interior de su bolso y tampoco pesaba tanto. Mierda de día.

Cuando se llevaron al tipo al hospital, ella se metió en el coche patrulla que se detuvo ante ellos. Bien, ahora venía lo mejor de todo. Tenía que llamar a Denley y se iba a poner muy contento.

Sentada en una mesa con un policía que le tenía que tomar declaración, le preguntó — ¿Puedo llamar a mi novio?

—No está detenida. Puede llamar a quien quiera.

Ella suspiró de alivio y sonrió radiante— ¿Así que no me han detenido? ¿Puedo irme?

—En cuanto firme la declaración podrá irse. — respondió amablemente.

—Estupendo.

—Sin embargo, debe estar localizable.

—Claro.

Cuando llegó a casa Denley la esperaba allí en mangas de camisa y estaba furioso— ¿Dónde demonios has estado?

—Pues...— de los nervios que había pasado se acercó a él y le abrazó. Sin darse cuenta se puso a llorar.

Denley suspiró acariciándole la espalda— No pasa nada, nena. Tendré que hacerme a la idea, pero no te preocupes por lo del niño.

Sorprendida levantó la cabeza— ¿Lo del niño?

—No te preocupes. —le dijo en voz baja — Todo va a ir bien.

—Le he pegado a un tipo en la calle. — dijo antes de echarse a llorar otra vez.

— ¿Qué?

— ¡Le he dejado inconsciente!

—A ver nena, cálmate y dime qué ha pasado.

Ella se lo explicó entre sollozos y Denley la sentó en el sofá acucillándose ante ella— ¿Y dices que lo llevaron al hospital?— preguntó muy tenso.

—Sí. — se pasó la mano por debajo de la nariz como si fuera una niña — No sé qué me pasó. No tengo excusa, pero no dejaba de insultarme y...

—No te preocupes más por eso, ¿vale?— se levantó y cogió su móvil.

— ¿Qué haces?

—Llamar a mi abogado.

— ¿Por qué?

—Para asegurarnos de que no va a pasar nada. — dijo suavemente— No te preocupes más por ese hombre. ¿Por qué no vas a darte un baño?

—Sí.

—Cuando termines la cena habrá llegado. ¿Te apetece algo especial? — dijo con el teléfono en el oído.

—No. — se encogió de hombros levantándose y yendo hacia la habitación — Cualquier cosa. Pizza. Sí, igual pizza de peperonni con extra de queso y helado de menta.

Denley reprimió una sonrisa— Muy bien.

Se estaba bañando y Denley entró sonriendo al verla rodeada de espuma con los ojos cerrados, tarareando una canción de Shakira — Nena, te vas a arrugar.

Abrió un ojo y alargó una mano— ¿Ha llegado la pizza?

—Se va a enfriar. —dijo cogiéndola del brazo y ayudándola a levantarse.

Cogió una toalla y comenzó a secarla como si fuera una niña— ¿Sigues enfadado?

— ¿Por lo del niño?

—Sí.

—No ha sido sólo culpa tuya. Como dijiste yo también estaba allí. — la sacó de la bañera y la besó en los labios —No pasa nada. Tendremos una niña preciosa de ojos verdes y gruesos labios en forma de fresa.

— ¿Te gustan, eh?— dijo abrazándolo por la cintura y poniendo morritos— Son herencia de la abuela.

Se echó a reír y la besó suavemente antes de abrazarla a él— Es que todo está cambiando tan rápido que asusta un poco, pero lo superaremos.

— ¿Y te casarás conmigo?

—Joder. — la apartó para mirarla a los ojos intentando no reír— ¿Es que nunca puedes dejar que sea yo él que sugiera las cosas?

—Es que eres muy lento para mí.

—Ya hablaremos de eso. Ahora a cenar.

Los días siguientes fueron muy tranquilos, en parte porque no volvieron a mencionar al bebé como si no existiera. Raychel debía ir al médico para que le hiciera la primera revisión, pero esperaba que él dijera algo sobre el tema, cosa que no ocurrió.

Al final llegó el fin de semana en Boston y en el jet que habían enviado sus padres, él parecía muy serio. Estaban descendiendo cuando ella le cogió la mano— ¿Estás bien?

—Sí, claro. — la miró de reojo.— ¿Lo saben tus padres?

— ¿El qué?

—Lo del niño. ¿Se lo has dicho?

—No. ¿No quieres que lo sepan aún?

Él la miró enfadado— ¿Por qué no se lo has dicho?

—No quería decírselo antes que a ti y después...—se encogió de hombros— no sé.

—Estupendo, ahora me mirarán mal todo el fin de semana.

—No digas eso. No harán tal cosa. Se alegrarán.

— ¿Se alegrarán de que estés embarazada de un tipo con el que estás desde hace nada? —la miró incrédulo— ¿Y con mis antecedentes respecto a ti? Porque seguro que lo saben todo ¿no?

Se puso como un tomate y Denley chasqueó la lengua— Estupendo.

—No les diremos nada, ¿vale? Se lo diremos cuando volvamos a Nueva York y no haya dramas.

— ¿Y cuando no bebas alcohol no se darán cuenta?

—Ni que estuviera todo el día con la botella en la mano. — dijo empezando a fastidiarla. Miró por la ventanilla molesta.

—Joder nena, lo siento. Lo complico todo, ¿no?— le apretó la mano y ella le miró forzando una sonrisa.

—Es normal. Te has resistido dos años. Seguro que seguirás resistiéndote para todo.

Él sonrió divertido —Pero ganarás tú.

—Como siempre. —le guiñó un ojo provocando su risa —Por cierto, lo de la boda...

Denley se echó a reír y moviendo la cabeza de un lado a otro como si no pudiera con ella, se acercó a besarla.

Cuando aterrizaron, Raychel se puso algo nerviosa por Denley y sus nervios se intensificaron al ver la limusina con el sistema de seguridad en cuanto bajaron la escalerilla— ¡Joder!— exclamó él mirando a su alrededor asombrado— ¿Qué ocurre? ¿Va a venir el presidente?

—Es que somos dos. — dijo ella haciendo un gesto a uno de seguridad que abrió la puerta de atrás de inmediato. Denley se dio cuenta y entrecerró los ojos siguiéndola hasta la limusina. Cuando se sentaron ella intentó relajar el ambiente— ¿Te has traído la pistola de agua?

—Me la he dejado en el otro traje. Esos tipos no pensarán seguirme, ¿verdad?—ella miró por la ventanilla disimulando— ¿Nena?

—No quiero que te pase nada.

—No me pasará nada. He vivido sin seguridad toda la vida. ¿Qué me va a pasar? Me parece que exageráis las cosas con todo este montaje.

Ella le miró a los ojos— Cuando tenía doce años a mi prima Lucy la secuestraron para pedirnos un rescate y no es que tuviéramos mucho contacto, la verdad.

La miró sorprendido— ¿Y qué ocurrió?

—Nada, porque el FBI los pilló antes de que ocurriera nada.

— ¿Y por qué te arriesgas en Nueva York a que te pase algo?— ya no parecía tan tranquilo.

—Hasta ahora no sabían dónde estaba. Mi piso no está a mi nombre, sino a nombre de una de las empresas y no usaba mi verdadero nombre. Nunca utilizaba el avión para ver a mis padres y siempre volvía con un coche distinto. —dijo como si nada — No sabían donde estaba. Incluso mi teléfono está encriptado. No me pueden localizar por él, ¿lo entiendes?

—Pero eso era antes. ¿Y ahora?—se miraron a los ojos— Joder nena, estás corriendo un riesgo al estar conmigo sin seguridad, ¿verdad?

Sonrió y le cogió la mano— Cuando te dije el día que apareció mi madre que todo había cambiado, era cierto. Sí la seguían a ella, ya te localizaron a ti y por lo tanto a mí.

Denley muy tenso miró tras ellos y vio el grand cherooke negro que los seguía— ¿Cuanto pidieron por tu prima?

—Cincuenta millones. — respondió mirando su reloj— Nos deben estar esperando para la cena. Cariño, ¿te has acordado de meter en la maleta ropa para jugar al tenis?

—He metido unos pantalones cortos y una camiseta. —ella simuló una sonrisa— ¿De qué te ríes?

—Ya encontraremos algo. —dijo dándole una palmadita en la mano.

—Me siento ridículo. — estaba molesto.

— ¡No digas eso! ¡Eres un empresario de éxito!— protestó ella mirándolo preocupada.

—Sí, como el pececito en la pecera. Pero me parece que me has tirado al océano y el gran tiburón blanco viene a por mí.

— ¿El gran tiburón blanco es mi padre?

Los ojos de Denley chispearon divertidos— ¿No lo crees? ¿Empresario del año tres veces y más rico que Midas?

—No cielo, te equivocas. El gran tiburón blanco es mamá.

— ¿Qué quieres decir?

Ella le miró preocupada— Mamá es la dueña de todo. Ella es la jefa.

—Pero tu padre...

—Papá lo dirige todo porque así lo han querido, pero la que es la dueña es mamá. Todo ha sido herencia de su padre, mi abuelo. Bueno todo no, porque papá tiene olfato para los negocios y ha multiplicado la herencia. También es rico por supuesto, pero por su trabajo. Mamá le paga muy bien.

— ¿Y él lo acepta? Es él quien trabaja y...

—Cariño, esto es una familia. — dijo mirándolo muy seria —Papá no se casó con mamá por la empresa. Se casó con mama porque la amaba y lo hizo a pesar de todo lo que llevaba a su alrededor, ¿entiendes?

—Entiendo que me estás advirtiéndome. — dijo muy serio.

—Este fin de semana te vas a dar cuenta de cómo será tu vida si te casas conmigo. Porque ya no será igual nunca más. Desde que te subiste en ese avión para venir aquí, todo ha cambiado.

—Tenías que habérmelo advertido antes.

Ella le miró decepcionada —Creía que cuando mis guardaespaldas nos sorprendieron aquel día, te habías dado cuenta que mi vida no era normal.

—Perdona, sólo me fijé en el tiro que te pegaron.

Después de unos segundos lo miró de reojo— ¿Quieres que te lleven a un hotel? Así sólo pensarán que eres un amigo. No tenemos que precipitar las cosas.

Denley la miró furioso— Teniendo en cuenta que vamos a tener un

hijo, las cosas se han precipitado ya, ¿no crees?

— ¡Cuando te pones en ese plan, me gustaría pegarte una patada en ese culo que me gusta tanto!

Él la cogió por el cuello y la besó intensamente haciéndola olvidarse de todo al sentir sus labios sobre ella. Cuando la apartó ella sonrió mirando sus ojos grises — ¿Mejor?

—Pregúntamelo el domingo.

—Es el primer fin de semana. Te acostumbrarás.

Algo en sus ojos le dijo que no se acostumbraría jamás, pero ella decidió ignorarlo. Entonces recordó que con él siempre ignoraba lo que no le gustaba como su comportamiento los dos años anteriores o cómo había reaccionado con lo del niño. Se preguntó si sería así siempre. Si ella seguiría ignorando lo malo por los buenos momentos que pasaba a su lado. ¿Serían así todas las parejas?

Capítulo 7

Al llegar a la verja de la casa familiar en Boston se abrieron las puertas y Denley chasqueó la lengua —Es la casa familiar— dijo intentando justificarse.

Cuando recorrieron los impecables jardines que rodeaban la mansión y llegaron hasta el enorme edificio que en el pasado había sido la vivienda de un Lord inglés. Había hecho exactamente una réplica de su casa de Inglaterra y era realmente impresionante. Denley se quedó con la boca abierta al ver el tamaño del edificio. —Es de mil ochocientos noventa y dos.

—Me recuerda a Buckingham Palace.

—Es que tiene el mismo estilo neoclásico. Aunque esta sólo tiene veinte habitaciones.

Ella sonrió cuando les abrieron la puerta de la limusina y Denley salió primero alargando la mano para ayudarla a salir, cuando sus padres y Terry salieron a recibirlos. Raychel se quedó mirándolos con la boca abierta porque llevaban un letrero en las manos que decía “Felicidades Papás” con letras infantiles de todos los colores. Miró a Terry como si quisiera matarla y Denley la cogió por la cintura. Le miró de reojo y se relajó al ver que sonreía —Tengo una hermana que es una chivata.

Su padre se echó a reír y alargó la mano hacia Denley que subía las escaleras— Bienvenido a casa, hijo.

—Gracias, señor Turner.

—Llámame John. — su padre estaba feliz y le palmeó la espalda dándole la bienvenida.

Su madre se acercó y le abrazó —Y a mí llámame Marie.

Terry sonreía impaciente y Raychel la cogió por el brazo— Y ella es Terry, la chivata.

Terry se echó a reír a carcajadas y alargó la mano— No he podido resistirme. Lo siento.

—Debo reconocer que casi lo agradezco. — dijo él con una encantadora sonrisa —Eso de decirle a los suegros que has dejado embarazada a su hija, es un trago, la verdad.

Todos se echaron a reír y empezaron a entrar en la casa. Raychel parpadeó asombrada— Eh, ¿es que a mí nadie va a saludarme?—se volvieron sorprendidos — ¡Yo soy la que está preñada!

Su familia se acercó sonriendo y la rodearon antes de abrazarla cubriéndola de besos— Ya, ya, ahora.

Su madre la miró a los ojos— ¿Cómo te encuentras?

—Tengo hambre.

Todos se echaron a reír y entraron en la casa. La cena fue sorprendentemente bien porque Denley aunque algo impresionado por la casa, encajó muy bien entre ellos.

—Así que empresario del año. — dijo Denley mirando a su suegro sentado en la cabecera de la mesa.

—Es una pesadez. Ya es la tercera vez que me lo dan. Ya no sé qué decir con tanto discurso.

Ellas sonrieron divertidas y su padre miró a Terry con cara de pena —Ni hablar, estoy harta de escribirte los discursos.

—Terry es la oradora de la familia. —le explicó a Denley— La número uno de su promoción en Harvard en Derecho.

Su hermana se sonrojó— Mira quién fue a hablar.

— ¿Las dos habéis sido buenas estudiantes?— preguntó sorprendido.

—Sólo les exigimos una cosa. — dijo su madre — Podían tener la mejor educación que se pudiera pagar, podían elegir la profesión que quisieran, pero debían ser las mejores en ella.

—Entiendo. — Denley miró a Raychel que se sonrojó desviando la mirada— Y Raychel está pintando tarjetas de felicitación.

— ¿Por qué no cambiamos de tema?— preguntó Terry forzando una sonrisa.

— ¿Por qué te quedaste a trabajar en mi empresa si no necesitabas el dinero y tenías otras aspiraciones?

Su madre se levantó de repente— ¿Queréis una copa en el salón?

Denley entrecerró los ojos mirando a Raychel que se levantó a toda prisa siguiendo a su madre al salón sin esperarle — Mujeres ¿quién las comprende?— preguntó su padre disimulando.

Pero cuando llegaron a la habitación, Denley volvió a la carga. Le estaba quitando el vestido bajándole la cremallera y la besó en el cuello — ¿Ahora vas a contestar a la pregunta?

Ella suspiró distraída quitándose el vestido y apartando la cabeza para que le siguiera besando en el cuello— ¿Qué pregunta?

— ¿Por qué si fuiste a Nueva York a triunfar, no continuaste?

Raychel abrió los ojos como platos y carraspeó apartándose, pero él no la dejó sujetándola por la cintura— No te vas a escapar. — le susurró al oído poniéndole la piel de gallina. Subió las manos hasta acariciar sus pechos— Dime la razón.

—No fue nada. Me aburría. —dijo avergonzada.

Él detuvo las manos en sus pechos y dijo fríamente— Me estás mintiendo.

Se apartó de ella y empezó a quitarse el traje dándole la espalda — No te miento. — dijo arrepentida.

Denley tiró se su corbata de mal humor— No digas que no me mientes cuando en una sola cena me he dado cuenta que sois las personas más perseverantes que conozco. ¡No os detenéis hasta conseguir lo que queréis!

En ropa interior ella levantó la barbilla orgullosa y él sonrió irónico — ¿Por qué no me dices que de alguna manera me viste y decidiste cambiar tus prioridades?

—Te vi a la puerta de la oficina y decidí cambiar mis prioridades.

— ¡Muy bien!— dijo enfadado quitándose los pantalones.

— ¿Por qué te enfadas? —furiosa se acercó a él y le cogió por el brazo para que la mirara— ¡Soy yo la que he perdido dos años detrás de un tío que pasaba de mí!

— ¿Tienes idea de lo idiota que me siento? —preguntó él entre dientes — ¡Me da la sensación de soy un pelele en tus manos! ¡Primero me acosas y después te largas haciendo que vaya detrás de ti como un perrito faldero, rogándote que vuelvas y cuando lo haces, resulta que ya estoy atado a ti con un hijo!—ella dio un paso atrás como si la hubiera golpeado y Denley palideció —Nena, no quería decir eso.

Raychel sintiendo que se le rompía el corazón tragó saliva para intentar no llorar— No sabía que te sentías así. Pensaba que habías hecho siempre lo que habías querido. Y no tienes que preocuparte por el niño. Como ves, puedo mantenerlo mejor que tú.

Él intentó acercarse y Raychel dio un paso atrás — Creo que lo mejor es que te vayas. — susurró pálida como la muerte.

—No quería decir eso. Raychel, perdóname.

Ya no pudo retener las lágrimas— Dijiste que no querías que llorara más por ti y ya no estoy dispuesta a hacerlo más. —dio otro paso hacia atrás negando con la cabeza— ¡Es cierto que cuando te vi me enamoré de ti y que hice todo lo posible para verte todos los días, pero nunca te he obligado a nada!

—Lo sé, cielo. Lo siento.

— ¡Querías que volviera y fui yo la que regresé como un perrito faldero, después de que me trataras como una mierda!—Denley palideció — ¡Y soy yo la que va a tener este hijo que como veo no quieres!

Se miraron a los ojos unos segundos—Ha sido una frase desafortunada. — dijo él intentando acercarse otra vez.

Raychel negó con la cabeza— ¿Sabes qué? —orgullosa levantó la cara para mirarle— Soy Raychel Turner-Bristol y no necesito obligar a nadie a que esté a mi lado. —furiosa fue hasta la bata que tenía sobre la cama y se la puso de malos modos — Será mejor que te vayas. Es bueno que nos hayamos dado cuenta ahora que esto no funciona.

— ¿Me estás echando por un maldita frase?— preguntó asombrado.

Ella le miró sorprendida— ¡No Denley, te estoy echando porque no te has dado cuenta de que yo te amaba y lo había dejado todo por ti!— le gritó fuera de sí — ¡Yo sí lo sacrifiqué todo por ti! ¡Yo sí fui tu perrito faldero! ¡Y yo si estoy encantada de tener un hijo tuyo!

—Nena...

—Y me acabo de dar cuenta de que me he equivocado. Me menosprecié yo para intentar ser normal y no lo soy. — dijo furiosa —El que eres demasiado normal eres tú y yo necesito un hombre extraordinario. Como mi padre.

—Eso es perfecto, Raychel. — dijo cogiendo la chaqueta y yendo hacia la puerta — ¿Volverás a enviarme un mensaje en cuatro días?

—Si crees que voy a arrastrarme por ti otra vez, estás muy equivocado. Eso no va a volver a pasar. —dijo desgarrada cruzándose de brazos.

—Lo mismo digo. — dijo antes de salir dando un portazo.

Raychel se quedó mirando la puerta cerrada, sintiendo que su corazón había salido por ella. No entendía lo que había pasado y miró a su alrededor asombrada. Entonces se dio cuenta. En cuanto él había visto su mundo había salido corriendo y todo lo demás había sido una excusa. Apretó los labios y derrotada se sentó en su enorme cama. Acarició su

vientre y se echó a llorar pensando que al menos tenía al bebé.

Al día siguiente después de llorar toda la noche, no se sentía con fuerzas de ir a ninguna celebración y todos lo entendieron. Sus padres la miraban preocupados y su hermana había intentado enterarse de lo que había ocurrido, pero no quería hablar de ello. Se pasó días encerrada en su estudio en el invernadero pintando un cuadro tras otro. Hasta el hambre se le había quitado, hecho que no le había ocurrido nunca, pero se obligaba a comer por el bebé. Pasó un mes y después otro. Entonces se decidió.

Estaban cenando un miércoles cuando ella dijo forzando una sonrisa — Me voy a pasar una temporada a la casa de la playa.

John miró de reojo a su madre que apretó los labios— No. — respondió su madre sorprendiéndola.

— ¿Cómo que no? —preguntó mirando distraída su comida, mientras la movía de un lado a otro.

—He dicho que no.

Miró a su madre sentada frente a ella— ¿Estás haciendo algo en la casa?

—No vas a irte a la República Dominicana embarazada y tú sola. Ni hablar.

—No estaré sola. El servicio...

—He dicho que no. — la fulminó con la mirada y Terry carraspeó— No he dicho nada en estos meses porque estabas muy sensible con todo lo que ha ocurrido, pero esto se acabó. Volverás a Nueva York y harás lo que fuiste a hacer hace dos años.

— ¿A Nueva York?

—No voy a dejar que te rindas. Te he conseguido otro apartamento con un estudio que es a donde tenías que haberte mudado desde el principio. Pero dejé que hicieras las cosas a tu manera y como todos sabemos, te desviaste de tu rumbo. Eso no va a volver a pasar. Eres una Turner y nada, nada nos echa atrás jamás. Así que volverás a empezar y harás las cosas como deberías haberlas hecho. —se miraron fijamente y Raychel tragó saliva reprimiendo las lágrimas— ¿Me has entendido?

—Sí.

Su madre la miró sorprendida— ¿Me harás caso?

—Tienes razón. No tengo nada que decir sobre eso.

John asintió satisfecho y su hermana sonrió— Perfecto. Te irás

mañana mismo. Acuérdate que debes escoger una buena tocóloga para el embarazo.

— ¿Sabes? Iré a Nueva York en un mes para una convención. — dijo Terry guiñándole un ojo.

—Genial. Puedes quedarte en mi casa. Esté donde esté.

Su padre se rió pero al ver la mirada de fiera de su madre la reprimió inmediatamente —Así me gusta mamá, que pongas las cosas en su sitio.

Su madre sonrió satisfecha e hizo un gesto para que retiraran los platos.

En el salón, Terry le dijo sentada en el sofá a su lado— ¿Cómo estás?

— ¿Bien?

— ¿Te asusta volver?

Se miraron a los ojos y Raychel sonrió con tristeza—Que bien me conoces.

—Es como me sentiría yo si tuviera que volver. —se miraron a los ojos— ¿Serás capaz?

—Sólo tengo que mantenerme alejada de su calle y todo irá bien.

Asombrada vio al bajar del coche que su madre había alquilado la casa que estaba ante la casa de Denley — ¿Esto es una broma?— preguntó para sí.

El chofer que la había llevado hasta allí la miró cuando cerraba la puerta— ¿Disculpe?

—Nada. No es nada. — respondió entre dientes metiéndose rápidamente en la casa, cuya puerta ya estaba abierta. Una mujer de mediana edad la miró sonriendo— Bienvenida, señorita Turner.

—Cierre la puerta. —dijo furiosa sacando el móvil de su bolso.

—Pero el equipaje...

— ¡Cierre la maldita puerta!— gritó de los nervios mientras marcaba el número de su madre.

Nerviosa miró a su alrededor, mientras la mujer le cerraba la puerta en las narices al chofer que cargaba las maletas.

—Hola, cielo.

Entrecerró los ojos por el tono divertido de su madre y supo que lo había hecho a propósito — ¡No pienso quedarme aquí!

—Claro que sí.

— ¿En frente de su casa, mamá?

—He pensado que es apropiado. Cuando nazca el niño podrá ir a verlo cuando quiera.

— ¡Cómo si le importara! ¡Ni siquiera ha llamado para preguntar cómo estoy!

El chofer llamaba insistentemente a la puerta y furiosa fue a abrir—
¿Qué?

—Las maletas, señorita.

— ¡Éntrelas! ¡Rápido!— dijo la mujer que le había abierto la puerta.

—Hija, no te pongas nerviosa. Sólo vives delante de su casa. Si todo se ha acabado, no hay problema, ¿no?

—Eres la persona más retorcida que conozco, ¿lo sabías?

—Gracias, querida. Yo también te quiero. Te dejo que tengo un té.

— ¡Ni hablar! ¡No pienso quedarme aquí!

—Te he bloqueado las cuentas. —asombrada miró el teléfono— Si quieres salir de esa casa tendrás que ganar dinero para salir de ahí o dormirás en la calle. Tú misma.

— ¡No puedo creer que le hagas esto a tu hija embarazada! ¡Voy a llamar a papá!

—Él está de acuerdo. —dijo como si estuviera aburrida de la conversación.

—Puedo volver a pintar tarjetas para sobrevivir, ¿sabes?

Su madre suspiró—Entonces me habrás decepcionado. Mucho.

Era la peor frase que un padre podía decirle a su hijo y la muy bruja lo sabía— Esto me lo vas a pagar.

—Ya, ya. Ponte a trabajar.

Le colgó el teléfono antes de que pudiera replicarle y furiosa pateó en el suelo dejando al chofer y a la mujer con la boca abierta. Gruñó y tomó aire antes de darse la vuelta lentamente. La mujer forzó una sonrisa y ella hizo lo mismo— Hola, soy Raychel.

—Y yo me llamo Carol. —dijo la mujer acercándose y tendiéndole la mano— ¿Un mal viaje?

—No se hace una idea.

—Tutéeme, por favor. Está en su casa.

—Lo mismo digo. — miró al chofer que se había quitado la gorra y parecía algo incómodo— Siento lo de antes.

—Bueno, yo me voy ya. — dijo el chofer.

—Gracias. — dijo viéndolo irse a toda prisa.

Carol soltó una risita— El pobre no debe llevar mucho tiempo trabajando con los ricos.

— ¿Por qué lo dices?

—Porque se ha espantado por tu comportamiento y para mí esas cosas son de lo más normal. La mujer para la que trabajaba antes quería bañarse todos los jueves en leche de burra.

— ¡Qué asco!

Se echaron a reír y Carol se acercó para quitarle el abrigo. Su vestido beige ya dejaba ver su tripa— ¿Cómo se siente?

Ella acarició su vientre— Muy bien. No me ha dado ni una sola náusea. Por cierto, tengo hambre.

—Perfecto, porque he hecho una lasaña para chuparse los dedos.

La casa era preciosa y decorada con mucho gusto en colores claros, como a ella le gustaba. Como le hubiera gustado que fuera su casa con Denley. Sin darse cuenta miró por la ventana. Una tontería porque todavía no había llegado a casa — Así que su pareja vive en frente.

Sonrojada se apartó de la ventana— No es mi pareja. — se sentó en la mesa de la cocina y Carol la miró confundida— ¿No cena en el comedor?

— ¿Yo sola? Menudo agobio.

Carol sonrió asintiendo— Así que ya no es su pareja, pero su madre le alquila la casa de en frente. Va a pensar que quiere volver.

—Sí. — dijo entre dientes— Pero eso no va a pasar porque no va a saber que estoy aquí.

— ¿No piensa salir de casa?

—Pues no. Pienso salir únicamente cuando él no esté en casa.

—Buen plan. ¿Y los fines de semana?

—No saldré de casa. — sonrió porque era perfecto. Él no se enteraría que estaba allí. Haría su trabajo y se largaría en cuanto triunfara — He venido a trabajar y es lo que voy a hacer.

Carol le puso un mantelillo ante ella y levantó la vista — ¿No cenas?

—Claro. — reprimiendo una sonrisa puso otro mantelillo a su lado.

— ¿Eres interna? —preguntó empezando a comer.

—Sí, tu madre no quería que estuvieras sola. — dijo sirviéndole agua —Sobre todo ahora.

—Pensarás que estamos algo chiflados, ¿no? Manda a su hija embarazada frente a su ex...

—Pienso que te quiere y si lo ha hecho, es porque quiere que seas

feliz.

Raychel sonrió— Sí. —después perdió la sonrisa —Pero no se va a salir con la suya.

— ¿Y eso por qué?

—Porque él no me quiere.

Carol hizo una mueca— Pues espero que te equivoques. Con un bebé en camino...

—Tampoco quiere al bebé.

—Entiendo.

—Sí. — dejó el tenedor porque había perdido el apetito.

—Come un poco más. Hazlo por el niño.

Se obligó a comer y sin darse cuenta alargó el cuello para mirar por la ventana—Te va a dar un tirón en el cuello— dijo divertida mirándola.

— ¡Voy a matar a mi madre!— exclamó levantándose y saliendo de la cocina— ¿Cual es mi habitación?

— ¡La que quieras!

— ¡Vale!

Clare moviendo la cabeza de un lado a otro recogió los platos divertida. Le gustaba su nueva señora. Estaba algo loca.

Capítulo 8

No pudo evitar escoger la habitación que daba a la calle. Era la mejor, así que estaba justificado. Cuando dieron las cinco, se puso de los nervios y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación sin querer mirar por la ventana. Se tapó la cara con las manos sentándose en la cama y se dijo— ¡Ponte a trabajar!

Se levantó para ir al supuesto estudio cuando le vio salir de un taxi. Le vio pagar al taxista. Estaba algo más delgado, pero seguía tan guapo como siempre. Sintió que su corazón volvía a estar en su sitio y una lágrima rodó por su mejilla. Él entrecerró los ojos y miró a su alrededor. Raychel sintiendo que se le cortaba el aliento, se alejó de la ventana. Le había dado la sensación que se había dado cuenta de que estaba allí, aunque era ridículo. No podía verla a través de las cortinas. Se acercó lentamente y le vio entrar en casa. Apretó los labios cuando cerró la puerta.

Después de verle ya no se podía concentrar en nada. Paseó de un lado a otro de la habitación acariciándose su barriga, pensando en cómo iba a salir de ese lío.

Al día siguiente se levantó tarde y cuando estaba desayunando recordó que tenía que ir al médico. Buscó un tocólogo en la parte alta de la ciudad y miró referencias en Internet. Había una mujer que estaba muy bien considerada por sus pacientes y pidió cita. Cuando dijo que estaba de cuatro meses y que no había hecho nunca una revisión, la mujer le dio cita para esa misma tarde a las seis —Mierda. — dijo en cuanto colgó.

— ¿Los horarios no coinciden?—preguntó Carol divertida.

—Muy graciosa. Ja, ja. —cerró la pantalla del ordenador y dijo resuelta— Compraré una peluca.

Carol puso los ojos en blanco mientras secaba un cuenco para ensaladas.

Para salir de casa lo hizo antes de las cinco, por si acaso. Paseó mirando escaparates y cuando llegó a la sesenta y ocho oeste ya era casi la hora. La doctora Lipton era una mujer al borde de la jubilación que la

regañó sobre no saber cuidarse, ni cuidar al bebé. Parecía su abuela regañándola por portarse mal.

— ¿Quiere saber el sexo del bebé?

Se quedó en blanco mirando desde la camilla a aquella mujer de pelo cano— ¿Sí?— preguntó dudosa.

La mujer sonrió como si lo hubiera hecho bien y suspiró de alivio— Es una niña.

Cuando dijo eso, recordó las palabras de Denley sobre tener una niña de ojos verdes y labios de fresa. Se echó a llorar y la mujer le dio palmaditas en el hombro satisfecha diciendo— Es normal que se emocione. Buena chica, buena chica.

Al salir de la consulta caminó varias horas sin pensar en el frío. Bien abrigada con su gorro en la cabeza y su abrigo forrado en piel llegó hasta su casa pensando en todo lo que tenía que hacer para cuando llegara la niña. Sólo quedaban cinco meses. Tenía que pintar su habitación y comprar un montón de cosas. Para eso tendría que decirle a su madre que le desbloqueara las cuentas o al menos que le diera algo...

— ¿Raychel?

Se sobresaltó al oír su nombre tras ella, pero no se volvió sintiendo que su corazón iba a mil por hora. Vio la puerta de su casa a cuatro pasos y caminó hacia allí a toda prisa. Por suerte esta se abrió antes de que tuviera que sacar la llave — ¡Cierra, cierra!

— ¿Otra vez?

Carol cerró la puerta a toda prisa. Se volvió hacia ella— ¿Qué ocurre?

Se apretó las manos cubiertas con los guantes de piel —Me ha pillado. —respondió con angustia.

— ¿Ya? Tu plan no ha durado mucho.

— ¡No tiene gracia!

Llamaron a la puerta con fuerza y ella negó— Dile que no me conoces. —susurró yendo hacia el salón.

—Vale. —susurró la mujer moviendo la cabeza afirmativamente.

Más tranquila entornó la puerta del salón y por la rendija vio como Carol abría la puerta con una sonrisa— Buenas noches.

Denley con cara de cabreo, miró tras ella de un lado a otro— ¿Dónde está?

— ¿Quién, señor?

— ¡Raychel!

Carol se tensó por su tono y le dijo enfadada— Haga el favor de no gritar. Mis señores no tienen por qué escucharle. Ahora si me dijera con educación a quién busca, puede que le ayude.

Denley entrecerró los ojos — Busco a Raychel Turner. La acabo de ver entrar, así que...

—Disculpe pero aquí no vive nadie con ese nombre.

—Me importa una mierda cómo se llame. Le digo que acabo de verla entrar aquí. ¿Cree que no conozco a mi mujer?

—Pues estoy empezando a pensar que no la conoce porque no está aquí.

— ¡Está embarazada!— él miró a su alrededor buscándola — ¡Tiene los ojos verdes y rizos castaños!

—Le repito...

—Y yo le repito que está aquí.

—Me da la sensación que desea que esté aquí. — dijo Carol con pena — Pero no está. Aquí viven los señores Wagner. Y ella tiene el cabello castaño. Si la acaba de ver entrar, es a ella a quien ha visto.

—Quiero hablar con esa mujer. — dijo con decepción —Puede llamarla, ¿por favor?

—Se está cambiando para una cena y no pienso molestarla para esto, como comprenderá. — dijo altanera —Ahora buenas noches.

Denley se pasó una mano por su cabello negro y miró hacia la escalera. Raychel se mordió el labio inferior al ver la frustración en su cara— Buenas noches.

Se volvió y Carol cerró la puerta rápidamente. Fue hasta el salón y susurró— ¿Lo he hecho bien?

Ella asintió parpadeando para evitar llorar— Oh, no llores. —la abrazó a ella, acariciando su espalda— Todo se arreglará. Ese hombre está furioso, pero no es indiferente.

— ¿Y ahora qué hago?

Carol negó con la cabeza— Es tu plan, tú debes decidir qué hacer ahora.

Ella asintió y se quitó el gorro de la cabeza— Seguiré con el plan original. Denley ya no forma parte de mi vida.

—Es tu decisión.

Sonrió y se quitó los guantes — ¿Sabes? Es una niña.

Carol aplaudió— Una niña. Me encantan las niñas. Venga, vamos a cenar. Tenemos muchos planes que hacer.

Estaban cenando un rato después, cuando oyeron un crujido en la ventana. Distraída hablando de la doctora Lipton miró hacia allí y se sobresaltó al ver a Denley encaramado en el alféizar mirándola con el ceño fruncido— Vaya. — dijo Carol resignada —No se lo ha tragado.

— ¡Es que mientes fatal!

—Perdona, la próxima vez míentele tú, como toda buena mujer.

Dos segundos después Denley aporreaba la puerta —No le abras. — dijo sin dejar de cenar.

—Va a terminar viniendo la policía.

—Me da igual.

Siguieron cenando tranquilamente y Carol la miraba de reojo— ¿No sería mejor que hablaras con él?

—No. — se limpió las comisuras de los labios antes de beber de su agua— No me quiere, así que no tiene porqué hablar conmigo. No tengo nada que escuchar.

— ¿Y si está arrepentido?

En ese momento él gritaba que abriera la maldita puerta— No, creo que no está arrepentido. Está enfadado y no tiene porqué. No he hecho nada.

— ¿Y por qué está enfadado si puedo preguntar?

—En este momento debe pensar que voy a empezar a acosarlo o algo así.

Carol la miró asombrada— ¿Y por qué iba a pensar eso?

—Oh, porque lo hice en el pasado. Pero eso no va a volver a pasar.

— ¡Maldita sea, suélteme!—gritó Denley al otro lado de la puerta.

—Ya ha llegado la policía. — dijo Carol levantándose.

—No voy a salir.

— ¿Y qué les digo?— la mujer estaba asombrada.

Se encogió de hombros— Que no quiero verle. Así de simple.

Carol salió de la cocina y abrió la puerta cuando llamó la policía. Ella se levantó y escuchó desde la puerta— Buenas noches. — dijo Carol sonriendo.

—Este hombre estaba aporreando su puerta.

—Pues sí. Está muy pesado esta noche, ¿verdad?

— ¡Me ha mentado! ¡Raychel está ahí!

— ¿Y?—Carol se cruzó de brazos enfadada.

— ¿Cómo que y? ¡Quiero ver a mi mujer!

—No es su mujer. — dijo Carol provocándolo. Rachel no pudo menos que sonreír y miró por la rendija otra vez. Denley estaba sujeto por dos policías de uniforme, mirando a Carol con ganas de matarla —Que yo sepa no tiene nada con usted. ¿Cómo sé que no es un pirado?

— ¿Pirado?— Denley miró a su alrededor y se puso a gritar— ¡Raychel, esto ya no tiene ninguna gracia! ¡Sal de una maldita vez!

—Haga el favor de callarse. ¡Mi señora está en estado y está descansando!

—Ya sé que esta en estado. ¡Es hijo mío!

Carol lo miró asombrada— ¡Tendrá cara! ¿Hace cuanto que no la ve?

—Eso a usted no le importa. —los policías miraban de un lado al otro de lo más interesados — Es entre ella y yo.

—Será entre usted y usted, porque ella no quiere saber nada del padre de su hijo.

—Entiendo. — dijo el policía tirando del brazo de Denley hacia fuera.

— ¡Un momento! —gritó Denley— ¡Raychel! ¿Dijiste que no te arrastrarías y vienes a vivir delante de mi casa? — a Raychel se le cortó el aliento sintiendo que su estómago daba un vuelco— ¿Quién se está arrastrando?

—Oh, cálese estúpido. ¡La ha obligado su madre a vivir aquí! ¡Por eso se esconde de usted! ¡No quiere verle!—le gritó furiosa Carol — ¡Y ahora entiendo porqué, maldito chiflado! No se acerque a mi chica, ¿me oye? ¡Como le pase algo por su culpa me lo cargo!— gritó cerrando de un portazo.

Cuando Carol llegó furiosa a la cocina y la vio pálida tras la puerta, se acercó a abrazarla— No te preocupes.

—No debería estar aquí. — susurró contra su pecho.

—Este es un país libre y puedes estar donde te dé la gana.

—Me voy a la cama. —dijo apartándose.

—Sí, descansa. Mañana será un día mucho mejor.

Cuando subió las escaleras, fue hasta las ventanas para cerrar las cortinas y vio a Denley en la calle hablando con los policías que le estaban echando la bronca. Él miró hacia arriba y se miraron a los ojos. Dejó de hablar para mirarla, girándose hacia ella justo cuando Raychel cerró las

cortinas de golpe por la rabia. No le perdonaría lo que le había dicho. Ella no se arrastraba. Ya no.

Esa noche no pudo dormir y se pasó caminando por la habitación un rato acariciándose la barriga, pensando qué rayos quería conseguir su madre con eso. Le sonó el móvil y miró la hora con el ceño fruncido. Eran las tres de la mañana y al ver que era su madre se asustó — ¿Qué ocurre?

— ¿Quieres de dejar de dar paseos de un lado a otro?

Se detuvo asombrada y mirando a su alrededor comprobando si había cámaras de vídeo vigilancia — ¿Me estás espiando?

— ¡Me ha llamado Denley histérico porque no paras un momento!

Asombrada fue hasta la ventana y abrió las cortinas. Denley estaba en la ventana y la miraba como si quisiera que desapareciera. Volvió a cerrar las cortinas y le dijo a su madre— ¿Y por qué tiene tu número?

—Porque en una de mis geniales ideas, se lo di por si algún día había un problema cuando estabais saliendo. —dijo su madre bostezando— Un día te llamé a tu móvil y estabas en la ducha, le dije que lo apuntara por si un día nos necesitabas. ¡Y al parecer nos necesitas porque no puedes dormir!

—Es culpa tuya. ¡No haberme enviado aquí! Y como le des mi número nuevo no te hablo más.

—Mierda, es verdad. — dijo antes de colgar.

— ¡No, no!— histérica miró su móvil y frustrada lo tiró sobre la cama.

Su teléfono empezó a sonar en ese momento y ella lo miró. Enfadada cogió el teléfono y fue hasta la ventana. Abrió las cortinas y después la ventana, sacando medio cuerpo fuera antes de lanzárselo con fuerza. Sonrió cuando le rompió el cristal de la ventana —Buen tiro.

— ¡Estás loca!— le gritó él desde el otro lado de la calle.

— ¡Púdrete!— cerró la ventana y le sacó la lengua antes de cerrar las cortinas.

A partir de ahí pudo dormir el resto de la noche con una sonrisa en la cara.

A la mañana siguiente cuando bajó a desayunar con un jersey grueso rojo y unas mayas negras se sorprendió al ver un paquete sobre la mesa— ¿Qué es eso?

—Te lo ha enviado el vecino de enfrente. — dijo Carol haciendo tortitas.

Entrecerró los ojos mirándolo con desconfianza— ¿Lo ha traído él?

—Lo ha entregado un chico. Cuando le he preguntado quién lo enviaba, me ha dicho que nadie, pero cuando le he dado cinco pavos me hizo un gesto indicando hacia atrás.

—Estupendo. —no era capaz de darle veinte dólares al repartidor para que tuviera la boca cerrada, diciendo que habría más para él en el futuro si lo hacía bien.

Bufó abriendo el paquete y no le sorprendió nada ver un móvil nuevo. Al abrir la carcasa trasera vio que tenía puesta su tarjeta, así que era el mismo número de teléfono. Revisó la agenda y estaba grabado su número con su nombre. Diez minutos después estaba desayunando cuando le sonó y ella miró la pantalla. Apretó los labios al ver la cara de Denley y sonrió porque se había sacado la foto todavía enfadado. Rechazó la llamada y siguió desayunando. Entonces le llegó un whatsapp. Al parecer se lo había configurado del todo. Con curiosidad leyó el mensaje. “Tenemos que hablar. Contesta al teléfono”

Volvió a llamar y ella volvió a rechazar la llamada. “Sólo quiero hablar del bebé” En la tercera llamada suspiró y miró a Carol que le dijo — Contesta de una vez. Es sábado y estará así todo el día. Dichosos días no laborables.

— ¿Diga?

— ¿Qué haces en Nueva York?

—No es asunto tuyo. — dijo antes de colgar. Carol arqueó una ceja— Dijo que quería hablar de la niña y no ha preguntado por ella.

—Ah.

El teléfono volvió a sonar. Haciendo una mueca descolgó— ¿Diga?

— ¡No tiene gracia, joder!— le gritó a través de la línea.

Le volvió a colgar y Carol soltó una risita— Me estaba gritando. — dijo justificándose.

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad?

Ella sonrió— Sí. —se metió un trozo de tortita en la boca.— Ahora quiero que se arrastre.

—Ten cuidado. — dijo señalándola con el tenedor— Si le hundes el ego a un hombre, este te odiará toda la vida.

Perdió la sonrisa — ¿Qué quieres decir?

—Ellos tienen que sentirse importantes en una relación. Los machos, como decía mi abuela. Sino lo son, se sienten inferiores y esas relaciones no funcionan porque encuentran a mujeres a las que proteger. Es arcaico, pero somos animales.

— ¿Crees que se sintió amenazado por mi dinero?

—No tengo ni idea. Sólo te digo que no le humilles demasiado porque eso no es amor.

— ¿Y debo dejar que me humille a mí?

— ¡No! ¡Claro que no! Debes encontrar el equilibrio.

Volvió a sonar el teléfono y ella apretó los labios antes de contestar— ¿Diga?—no escuchó nada al otro lado de la línea— ¿Denley?

—Estoy pensando qué decir para que no me cuelgues.

Ella se levantó de la mesa y fue hasta el salón lentamente — ¿De qué quieres hablar?— preguntó en voz baja.

— ¿Cómo estás?— intentó no llorar al escuchar el tono de su voz. Parecía preocupado.

—Estoy bien. —al ver que no le contestaba miró hacia la ventana y se acercó. Al apartar la cortina lo vio allí frente a ella y se apartó en el acto.

Él suspiró— No quería hacerte daño. Y lo de ayer fue...Me volví loco porque no querías verme. Parecía que me provocabas mudándote enfrente, para después no querer hablar conmigo.

—Yo no quería esto. — susurró ella pasándose una mano por la frente—Mi madre...

—He hablado con ella y me lo ha explicado. — dijo irónico— Cree que es lo mejor para cuando nazca el niño.

—Es niña. —se hizo el silencio al otro lado y ella dijo— Voy a colgar.

—Nena, no cuelgues. Tenemos que hablar...

— ¿De qué? No tenemos nada que decirnos, Denley.

— ¿De verdad, Raychel? ¿No tenemos nada que decirnos?— parecía que se sentía decepcionado.

—Te avisaré cuando vaya a nacer la niña. —dijo antes de colgar.

—No has hecho bien. — dijo Carol tras ella sobresaltándola— Tanto orgullo no es bueno.

—No seré yo la que me arrodille para que él se sienta mejor. Es Denley quien ha metido la pata. —dijo saliendo del salón— Me voy a trabajar.

— ¡Te llamo para la comida!— le dijo desde el hall cuando ya estuvo arriba.

Al llegar al último piso miró hacia arriba. Empezaba a llover y la claraboya de cristal era perfecta para un pintor. Entrecerró los ojos al ver que era nueva. Su madre había pensado en todo. Lienzos y todo lo que podía necesitar un pintor estaba allí. Incluso una bata inmaculadamente blanca la esperaba en un colgador de forja que había al lado de la puerta.

Cuando llevaba unas horas pintando, se abrió la puerta. Ella estaba dando una pincelada roja a la mujer, que embarazada miraba un pozo donde una luz al fondo la llamaba — ¿Ya es la hora de comer?

—Sí.

El pincel se desvió hacia abajo estropeando la obra— Mierda. — dijo para sí al ver el borrón.

—Lo siento.

Al volverse en su taburete giratorio, vio a Denley en vaqueros y con un jersey azul mirándola arrepentido— ¿Tiene arreglo?

—Sí, no te preocupes. — dijo dejando la paleta y levantándose del taburete— ¿Qué haces aquí?

—Me he pasado por si quieres salir a comer por ahí. — parecía incómodo y ella también lo estaba.

—No es buena idea. — se quitó la bata y fue hasta la puerta — Tampoco deberías haber venido.

Él se pasó la mano por el cabello y dio tres pasos hacia ella, deteniéndola cuando iba a salir. La abrazó a él con fuerza y susurró— Pensaba que no me perdonarías.

Raychel se apartó de ella mirándolo incrédula— Es que no te he perdonado, Denley.

Él palideció— Pero estás aquí...

—Pensaba que lo habías entendido. No estoy aquí por ti. —dijo dando un paso atrás negando con la cabeza —Y te agradecería que no vinieras cuando te dé la gana. Esta es mi casa.

—Raychel...me asuste, ¿vale? Lo del niño, el matrimonio y tu excesivo modo de vida, me superó.

Ella sonrió— Ya lo sabía. Me di cuenta cuando me atacaste en Boston. No pasa nada. Ya está.

— ¡No, no está! ¡Porque llevo dos malditos meses pensando que fui un cobarde de mierda por decirte esas cosas!

—Sí, fuiste un cobarde y muy cruel. Pero yo también lo fui al decirte el resto. —hizo una mueca — Da igual. Eso nos ha hecho darnos cuenta que no funcionaría y ya está.

— ¡Deja de decir eso! ¿No quieres luchar por lo nuestro?

Parpadeó asombrada— He estado dos años detrás de ti ¿Crees que no he luchado lo suficiente?

—No he querido decir eso.

— ¿Ah, no?— se volvió saliendo de la habitación y empezando a bajar las escaleras— Los correos, los regalos, volver después que me pegaran un tiro. — se volvió para mirarlo— ¡Eres tú el que no ha luchado por mí!

— ¿Y qué quieres que haga? Nena, ten cuidado. Bajas las escaleras muy rápido. —dijo al ver que seguía bajando.

— ¿Ahora te preocupas por mí? Tiene gracia, cuando no me has llamado ni una vez en dos meses.

—Llamaba a tu madre.

— ¿Qué?— se volvió para mirarle alucinada— ¿Y por qué no me dijo nada?

—Le dije que no te lo mencionara. — dijo avergonzado.

— ¿Y por qué me lo dices ahora?

— ¡Porque me lo estás echando en cara!

Siguió bajando las escaleras hasta el hall y él suspiró tras ella.

— ¡No me sigas!— le gritó— ¡No quiero que te sientas mi perrito faldero!

—Me cago en...— la cogió por el brazo y le dio la vuelta antes de besarla como si estuviera desesperado. Raychel gimió contra sus labios justo antes de que la soltara lentamente— ¿Estás bien?— ella asintió con los ojos como platos y Denley fue hasta la puerta— Lo arreglaré. —salió dejándola allí de pie atontada.

—Eso ha estado bien. — dijo Carol satisfecha.

Sonrió sin poder evitarlo—Sí, ¿verdad?

—Sí, va muy bien.

Capítulo 9

Esa tarde recibió un ramo de rosas rojas y por supuesto no tenía tarjeta. Recibió un mensaje al móvil que decía “Nunca has estado más preciosa” Ella sonrió sin poder evitarlo y suspiró mirando las rosas.

Un par de horas después recibió una caja llena de alarmas de incendios y se echó a reír al leer la nota “Tu casa es tan antigua como la mía, así que ¿quieres que los coloque?”

¿Le estaba pidiendo una tregua? Se mordió el labio inferior sin saber qué hacer. Le quedó claro cuando le envió un mensaje al móvil. “Vamos cielo, nos lo tomaremos con calma”

Volverían a empezar y cuando hubiera otro problema volvería a recriminárselo todo. ¿Estaba dispuesta a eso? “Estás empezando otra vez y no creo que pueda continuar con esto”

“Entiendo”

Se quedó mirando el móvil durante un rato, pero él no volvió a enviarle un mensaje. Suspiró y fue a darse un baño. Cuando pasaron treinta minutos volvió a sonar un mensaje del móvil y ella lo miró desde la bañera “¿Quieres salir a cenar?”

No podía ser. Puso los ojos en blanco antes de contestar “Cenaré en casa”

“¿Me estás invitando?”

“¿Sabes por qué no te invito a cenar?”

“No”

“Porque durante dos meses no me lo has pedido ni una sola vez. Has tenido que verme frente a tu casa para volver a hablar conmigo” “Y yo no me arrastro”

No volvió a escribirle y cuando se acostó, no dejaba de dar vueltas en la cama. Se sentó en la cama a oscuras y miró hacia la ventana. Apartó las sábanas y movió las cortinas para mirar al otro lado de la calle. Denley tenía la luz encendida. Se apartó la cortina justo en ese momento y se miraron a los ojos. Raychel no pudo apartarse y sus ojos se llenaron de lágrimas por lo mucho que lo echaba de menos. Denley masculló algo y se apartó de la ventana a toda prisa. Al ver que se había apartado, hizo una

mueca y ella también lo hizo. Se tumbó sobre la cama de costado abrazando la almohada. Cerró los ojos queriendo dormir. Necesitaba dormir.

Se sobresaltó cuando le acariciaron el hombro y volvió la cabeza para ver a Denley de pie al lado de la cama— ¿Cómo has entrado?

Él sonrió tumbándose tras ella— Tengo mis recursos. — la abrazó a él y la besó en el cuello— Duerme, nena. Estás agotada.

—Pero...

—Ya hablaremos mañana o pasado. Déjame sentirte. — le susurró al oído—Necesito sentirte.

Ella cerró los ojos y dejó que la abrazara a su pecho.

La despertó un ruido en la puerta y cuando vio que Denley se iba le dijo— ¿A dónde vas?

Él se volvió y sonrió— Creía que no querías despertarte a mi lado.

Raychel suspiró y se sentó en la cama apoyándose en las manos. Se miró los pies distraída pensando en ello— ¿Qué es lo que quieres de mí, Denley?

Se acercó a la cama y se sentó a su lado. Le acarició las piernas hasta el interior de las rodillas y se miraron a los ojos— Quiero que vuelvas a Boston.

— ¿Qué?—dolida se apartó de él y se levantó de la cama.

— Nena, no me entiendes.

—Tienes razón. —dijo torturada—No lo entiendo. Duermes conmigo pero no quieres estar a mi lado. ¡No te entiendo!— le gritó con lagrimas en los ojos — ¡Estás haciéndolo de nuevo!

Él suspiró pasándose las manos por el cabello y apoyando los codos en las rodillas. Parecía cansado y derrotado— Es lo mejor para ti. Debes volver a Boston.

Raychel apretó los labios con ganas de matarlo. La hacía ilusionarse para después estallarle la burbuja de esa manera —Vete de mi casa.

— ¡Nena, hablo en serio!— dijo él levantándose de la cama— ¡Tienes que volver a Boston!

—No voy a volver. Así que deja de insistir. No te preocupes. Me vas a ver bien poco, a no ser que entres en mi casa cuando te dé la gana como ayer por la noche. Eso me recuerda que tengo que cambiar las cerraduras. — entró en el baño y cerró la puerta furiosa.

Se duchó reprimiendo las lágrimas, porque ya había soltado bastantes desde que toda aquella locura había comenzado. Estaba claro que iba a necesitar ir a terapia para superar a Denley de una vez. Al salir del baño casi no se secó y se puso una bata de seda rosa. Se quedó atónita cuando lo vio allí sentado esperándola.

— ¿No te quedó claro lo que te acabo de decir?

Él se levantó mirándola de una manera que le puso los pelos de punta — Ni se te ocurra.

—Nena... se te transparentan los pezones— dijo con voz ronca provocándole un vuelco al estómago — Y son más grandes.

Alargó la mano y le acarició un pecho por encima de la bata húmeda. Raychel no lo soportó más. Le pegó una bofetada que le torció la cara— ¡Lárgate de mi casa!— le gritó furiosa.

Él la cogió por los brazos pegándola a él intentando besarla, pero ella pateó y le golpeó en los hombros provocando que la soltara. Con los ojos llenos de lágrimas le señaló la puerta tocándose la barriga con la otra mano— ¡No quiero hacerte daño!— gritó él— ¿No lo entiendes?

—No entiendo nada de lo que haces desde que fuiste a Boston la primera vez. —dijo con desprecio— No quiero verte más. ¿Me has entendido? Ni siquiera cuando nazca la niña. Lo arreglaremos con los abogados si quieres verla, aunque por el interés que has mostrado por ella, dudo que quieras verla mucho.

Denley palideció— Todo lo que he hecho...

—Todo lo que has hecho no lo voy a olvidar y ahora todavía menos. Y lo que hagas a partir de ahora me importa una mierda. —se acercó a la puerta de la habitación y gritó— ¡Carol!

—Ya me voy. — pasó ante ella y le susurró— Todo lo que he hecho es por nuestro bien, cielo.

—No quiero verte más. — siseó mirándolo fijamente— Entérate bien. No volverás a pisar esta casa.

Denley apretó los labios antes de salir justo cuando llegaba Carol — Que se vaya y que te dé las llaves.

Carol asintió siguiéndole por las escaleras.

Lo primero que hizo fue cambiar las cortinas de todas las ventanas que daban a la calle por otras más tupidas que impidieran ver el exterior. Dejaban pasar menos la luz pero vivía más tranquila. Se pasaban horas y

horas trabajando en el estudio y Carol estaba preocupada por ella, porque casi no salía de casa. Sólo para ir al médico. Carol empezó a darle la paliza con que tenía que pasear. Así que de lunes a viernes empezó a pasear por las mañanas cuando estaba segura que él estaba en el trabajo.

Dos meses y medio después, iba paseando hacia Central Park y sonrió a una niña que pasó a su lado de la mano de su madre, cuando alguien la cogió del brazo y le hizo daño en la espalda.

— ¿Ahh?— se volvió y se asustó al ver al hombre que le había insultado en la calle hacía meses.

—Sigue caminando hasta la esquina.

Asustada hizo lo que le decía, pero a punto estuvo de gritar cuando que vio una furgoneta blanca con el logotipo de una floristería en el lateral se detenía ante ellos y se abría la puerta lateral. La empujaron al interior y se hizo daño en las rodillas al caer sobre el suelo de hierro. Al levantar la vista vio que Bill, su antiguo guardaespaldas, estaba al volante y el otro guardaespaldas que la acompañaba cuando ese idiota le disparó estaba sentado a su lado —Bill, ¿qué estás haciendo?

—Cinco años trabajando para vosotros y me echáis a patadas. — la puerta se cerró en cuanto el tipo de la pistola subió a la furgoneta sin dejar de apuntarla—Eso lo vais a pagar.

— ¡Me pegaste un tiro!— le gritó asombrada.

— ¡No fue culpa mía!

Sentada en la furgoneta se acarició el vientre y miró al tío de la pistola— ¿Y tú por qué te has apuntado a esto? ¿Por arrearte con el bolso?

—Sino hubiera sido por tu novio...— dijo entre dientes.

Asustada preguntó— ¿Denley? ¿Qué pasa con Denley?

—Ese cabrón estropeó nuestros planes. — dijo Bill enfadado— Iba a ser muy sencillo, pero él tuvo que complicarlo todo.

Raychel no entendía nada, pero cada vez estaba más nerviosa y de casi siete meses dudaba que aquello fuera bueno. La niña estaba muy inquieta y le dio una patada.

— ¿Qué queréis? Dinero, supongo.

—Claro que queremos dinero. —dijo el de la pistola como si fuera estúpida. Y no lo era. No se le escapaba que había visto las caras de los tres y que podía identificarlos a todos.

Se mantuvo en silencio y se mordió el labio inferior cuando sintió otra patada. Le pareció ridículo que el tipo de la pistola vistiera de traje,

aunque seguramente se lo había puesto para no llamar la atención cuando la secuestraba.

—Prepárate, Steve. — dijo Bill muy serio después de varios minutos — Estamos llegando. Métela inmediatamente.

—Sí.

El tal Steve la miró muy concentrado y ella puso los ojos en blanco—
¿Y cuanto valgo?

—Cien millones.

—Estáis chiflados. — dijo reprimiendo la risa.

—Tienes eso y mucho más. — dijo amenazándola con la pistola.

Ella cruzó los tobillos— O claro que sí. Pero no en efectivo. Y mientras se cambian los bonos o se venden las acciones y todas esas cosas, pasarán días.

—Mientes.

—Tú mismo. — dijo encogiéndose de hombros. Tenía que mantener la calma y ponerlos nerviosos a ellos. Era la única baza que tenía — Además papá no pagará. — se echó a reír— Y Bill lo sabe muy bien.

Los dos hombres miraron a Bill —Eso fue hace mucho tiempo y no era su hija.

—Era su ahijada y mi prima. —miró al de la pistola a los ojos —Y no pagó. ¿Y sabes por qué no lo hizo? —no esperó a que le contestara— Precisamente para que no nos pasara esto. Si nos secuestran cuando les da la gana y pagáramos todos los rescates, sería ridículo, ¿no crees? Estaríamos en la ruina en dos días o muertos por secuestradores inexpertos, pero sino pagas el primero y te aseguras de que sepan que no vas a pagar ningún rescate, aseguras a tu familia aunque uno corra un riesgo. No pagará para proteger al resto de la familia.

Bill golpeó el volante con furia— ¡Cierra la boca!

— ¿Qué coño está diciendo?— gritó el que estaba sentado en el asiento del copiloto.

—Hace años secuestraron a una prima suya y su padre no pagó. Los tipos están en una prisión porque intervino el FBI.

— ¿El FBI?— gritó el de la pistola— ¡Dijiste que sería fácil!

— ¡Y lo será! ¡Cerrar el pico de una puta vez!

Ella levantó las cejas — ¿Qué prueba de vida vais a enviar?—el de la pistola la miró como sino tuviera ni idea de lo que estaba hablando— ¿De dónde coño te han sacado a ti?

—Es mi hermano. — dijo Bill como si fuera una auténtica carga.

—Ahora lo entiendo todo.

—Muy graciosa.

— ¡Bill, detén esta locura antes que haya una desgracia!

—Ya no me das órdenes. — dijo furioso— ¡Ahora cállate antes de que haga algo de lo que me arrepienta!

Ella miró al de la pistola acariciándose el vientre y el hombre apretó los labios.

— ¡Prepárate, Steve!

La furgoneta se detuvo y Steve abrió la puerta escondiendo la pistola en la chaqueta —Muévete. — le dijo alargando la mano. Ella miró hacia Bill que muy nervioso miraba a su alrededor e iba a alargar la mano cuando una mujer con un carrito de bebé pasó al lado del de la pistola. ¿A dónde la habían llevado? — ¡Sal de una maldita vez!

La mujer del carrito sacó un arma que le colocó al tipo en la sien y gritó — ¡Levanta las manos!

En ese momento se oyeron sirenas a su alrededor y Bill levantó las manos pero el que estaba a su lado sacó una pistola y Raychel gritó tapándose la cabeza cuando oyó varios disparos a su alrededor — ¡Alto el fuego!— oyó que gritaban cuando ya no se oía nada más que la suplica de Bill pidiendo que no dispararan.

La mujer sujetaba las muñecas de Steve sin dejar de apuntarle y dos hombres vestidos de azul con chalecos antibalas y metralletas se acercaron a la puerta ayudándola a detenerlo. A Bill lo sacaron a la fuerza de la camioneta mientras gritaba que no habían hecho nada.

— ¿Se encuentra bien?— preguntó la mujer bajando el arma—Somos de la policía. Su prometido...

— ¡Raychel!— oyó como la llamaba Denley y se puso a llorar de los nervios al oír su voz. Cuando apareció en la puerta suspiró de alivio cuando la vio y entró en la camioneta a toda prisa— Nena, ¿estás bien?

—Estás aquí.

Él le acarició las mejillas y miró hacia abajo muy nervioso— Joder, cuando se pusieron a disparar... ¿estás bien? ¿Te duele algo?

—Estoy bien.

La abrazó a él— Nunca había pasado tanto miedo en mi vida. Cuando me llamaron diciendo que hoy era el día...

— ¿Qué quieres decir?

La besó a toda prisa y le dijo— Salgamos de aquí, que te lo explico luego.

La ayudó a salir de la furgoneta y la mujer sonrió— ¿Cómo se encuentra?

—Bien, creo. Me tiemblan las piernas. — dijo algo confusa. Nada más decir eso sus vaqueros premamá se empaparon y miró hacia abajo— ¿Denley?

—Mierda. — Denley la cogió en brazos mientras la mujer gritaba que necesitaban una ambulancia.

—Tranquilos. Está a dos manzanas por si necesitábamos asistencia. — dijo la mujer intentando calmarlos.

— ¡Ya viene la niña!— gritó muy nerviosa.

—Todo va a salir bien. — dijo Denley muy asustado.

—No puedo ponerme de parto. ¡Estoy de siete meses!— se echó a llorar de los nervios y Denley miraba a su alrededor gritando que dónde estaba la maldita ambulancia — ¡Quiero que venga mi madre!

—Tranquila, cielo. La llamaré en cuanto lleguemos al hospital.

— ¡Pues quiero que venga Carol!

—Estará allí. No te preocupes, los llamaré a todos, ¿vale? Tú respira.

— ¿Qué respire? ¡Cómo no voy a respirar!—gritó histérica— ¿Eres tonto?

La mujer policía sonrió y al oír la ambulancia le hizo una señal para que se acercara. Denley caminó a toda prisa con ella en brazos —Está de siete meses y ha roto aguas— le dijo al sanitario.

— ¿Tiene contracciones?— le preguntó abriendo la puerta de ambulancia.

— ¡Y yo que sé!— dijo ella fuera de sí — ¡Me acaban de secuestrar y estoy de siete meses! ¡Ni se me pasó por la cabeza que pudiera ponerme de parto!

—Veo que está algo nerviosa. — dijo el hombre mirando a Denley — ¿Puede subirla a la ambulancia?

— ¿Me está llamando gorda?— Raychel se echó a llorar y abrazó el cuello de Denley que impotente no sabía qué hacer.

—Claro que no te está llamando gorda, nena. Estás algo nerviosa pero...

— ¡No estoy histérica!

—No, claro que no.

Tuvieron que ayudar a Denley a subirla porque al tener que agacharse para subir le costaba un poco con ella en brazos y Raychel se negaba a soltarle. Cuando la tumbaron en la camilla, ella miró a su alrededor y le cogió del brazo—No te vas a ir, ¿verdad?

— ¿Cómo me voy a ir? Nena, tienes que relajarte.

—Estoy bien. No me duele nada.

—Y eso es bueno. — dijo mirando de reojo al sanitario— ¿No?

—En cuanto lleguemos al hospital la revisarán, no se preocupen.

Denley le acarició la barriga por encima del jersey azul que llevaba y sonrió cuando la niña le pegó una patada —Se mueve.

—Sí. — Raychel se puso a llorar— No le va a pasar nada, ¿verdad?

—No se preocupe. —el sanitario le pinchó algo en el brazo— Enseguida se sentirá mejor.

Miró a los ojos a Denley — ¿Cómo sabías lo que iba a pasar? Dijeron que tú habías fastidiado sus planes.

Denley hizo una mueca —Cuando dejaste ko a ese tipo en la calle, hice que mi abogado le investigara porque me parecía raro que alguien te insultara de buenas a primeras.— ella asintió— Al volver de Boston después de nuestra discusión, dijo que el tipo quería demandarte por unos supuestos daños y pedía diez millones.

—Era una trampa.

—Sí, pero cuando mi abogado me dijo el apellido del tipo, me di cuenta que se apellidaba igual que tu guardaespaldas. Tuve que declarar en la policía cuando te dispararon y escuché su nombre varias veces, así que era difícil que se me olvidara. Le dije a Robert, mi abogado, que lo investigara para ver si había alguna conexión.

—Y así era. Son hermanos.

Denley asintió— Me reuní con ellos y les amenacé con meterlos en la cárcel por fraude. Cuando salieron, Bill dijo entre otras lindezas que las cosas no quedarían así. Y se lo dije a la policía pero no me hicieron mucho caso, así que contraté a gente para que los siguiera. En cuanto llegaste a Nueva York se pusieron en marcha comprando armas que no se pudieran identificar. — le acarició la mejilla— Por eso me enfadé cuando te vi ante mi casa, porque acababa de hablar con mi gente y me habían puesto al día. Por eso quería que volvieras a Boston.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía si harían nada contra ti y no quería asustarte después de lo

de tu prima. En cuanto mis investigadores me dijeron que habían alquilado una casa en Brooklyn supe que tramaban algo y avisé a la policía. Tardaron mes y medio en actuar. Tuve que luchar con la policía para que no lo dejaran porque tardaban demasiado, pero es que tú no salías mucho de casa.

— ¿Por qué no los detuvieron antes?

—Porque hasta que no te cogieran, no tenían nada. Se suponía que estabas segura rodeada de policías, pero cuando se pusieron a disparar por poco me da algo.

La ambulancia se detuvo —Si me lo hubieras dicho... ¡Eres idiota, tenías que habérmelo dicho!— le gritó antes de ponerse a llorar— Pensaba que no me querías.

—Joder. Nena, ahora no.

Sacaron la camilla de la ambulancia y ella lloró más fuerte— ¿Es eso, no? No me quieres. ¿Por qué no me lo dices de una maldita vez y dejas de torturarme?

Denley se sonrojó porque todos en urgencias se volvieron a mirar hacia el box donde la habían colocado por los gritos de Raychel— Claro que te quiero. — dijo entre dientes.

— ¿De verdad?— se pasó una mano por debajo de la nariz como si fuera una niña.

Él la miró a los ojos y suspiró antes de sonreír— Sí, nena. Claro que te quiero. Pero es que como dijiste, eres demasiada Turner para mí.

El labio inferior de Raychel empezó a temblar como si fuera a llorar otra vez— ¿Eso significa que no te casarás conmigo?

Denley se echó a reír y se agachó para besarla suavemente— Te lo pediré cuando yo quiera.

—Pero me lo pedirás, ¿no?

—Algún día.

—Buenos días. — dijo un médico sonriendo de oreja a oreja— Veo que lo han arreglado.

—Mi tocóloga es la doctora Lipton. — dijo ella apoyándose en los brazos.

— ¿Qué tal si nos aseguramos que está de parto antes de llamarla?

La enfermera cerró la cortina y la ayudó a quitarse los pantalones mojados— ¿En qué semana estás?

—De veintinueve semanas. — la enfermera le quitó las braguitas y

nerviosa miró a Denley que también estaba muy tenso.

El médico con unos guantes de látex exploró la zona y frunció el ceño palpándole la barriga— ¿Todo va bien?

—Un embarazo de veintinueve semanas es viable. No se preocupen. — dijo sin dejar de palparla — Voy a hacerte una ecografía y a monitorizarte un rato.—dijo bajándole las piernas y cubriéndola con una sábana— Vamos a ver esas contracciones.

Unos minutos después le hicieron la ecografía y Denley miraba la pantalla apretándole la mano. Parecía emocionado y ella se extrañó un poco, porque no parecía antes que le importara tanto.

—Está bien. La niña está perfecta. —dijo el médico con el ceño fruncido mirando su barriga — No ha tenido una sola contracción desde que estoy aquí, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros —No, supongo. No sé cómo son.

—Créeme cielo, te darías cuenta. — dijo la enfermera irónica.

—Me han dicho que has llegado algo estresada.

—Un poco. —sonrojada miró a Denley— ¿Es culpa mía?

—Creo que no estás de parto, Raychel. — dijo el médico reprimiendo una sonrisa y ella entrecerró los ojos.

—Pero si ha roto aguas.

Como el médico no decía nada y al darse cuenta de lo que quería decir jadeó sonrojándose hasta la raíz del pelo— ¿Me he hecho pis?— Denley la miró y se echó a reír a carcajadas— ¡No tiene gracia!

El médico sonrió sin darle importancia —Si estabas estresada y...

— ¡Me estaban secuestrando, claro que estaba estresada!

—No pasa nada, cielo. Mucho mejor así. — dijo Denley aliviado — Se quedará ahí dos meses más y saldrá más grande.

En eso tenía razón y dejó caer la cabeza sobre la camilla antes de levantarla otra vez para mirar al médico— No me iré meando por ahí, ¿verdad? ¿Necesito un pañal?

—No creo. — divertido salió de la sala.

Se miraron a los ojos— Lo siento.

— ¿Por qué?— le acarició los rizos— No lo has hecho a propósito.

—No hablo de eso. Siento haber sido una bruja contigo y no haberte entendido en Boston. — sus ojos se llenaron de lágrimas— Te he echado de menos.

—Y yo siento haberte dicho aquella maldita frase y no explicarte

porque quería que volvieras a Boston. Cuando los policías dispararon me di cuenta que si te lo hubiera dicho, no habiéramos estado separados estos dos meses y no habrías pasado por eso.

—Querías pillarlos.

—Quería que no lo volvieran a intentar más adelante. Está claro que necesitaremos seguridad. No quiero correr más riesgos.

—Sí. — puso morritos y Denley la miró divertido.

— ¿Si?

—Quiero un beso.

Denley se acercó y la besó suavemente acariciando con la lengua su labio inferior— Joder, Raychel. Cuando me echaste de tu casa pensaba que te había perdido para siempre. Que te habías cansado de mí y estabas harta.

—Te quiero. — dijo mirando sus ojos grises— Te eché el ojo hace mucho y no te librarás de mí.

—Ahora te acosaré yo a ti.

— ¿De veras?— preguntó ilusionada.

Le guiñó un ojo—He aprendido de la mejor.

Epílogo

Echada en la tumbona de la casa de la playa escuchaba la conversación de Denley con Stella— Sí envíamelo por mail y dile a Garret que le llamaré más tarde. — la miró sonriendo— Sí, está aquí. — le pasó el teléfono y en ese momento escucharon a su hija protestando al otro lado del interfono — Iré yo— dijo él levantándose de la tumbona.

Sonriendo se acercó el teléfono al oído mientras Denley se encargaba de Melissa — ¿Cómo estás, Stella? Sí, la exposición será en tres semanas. Ya te he enviado las invitaciones. ¿Vas a ir con Garret?

Estuvieron hablando un rato. Habían continuado su amistad ahora que vivía en Nueva York y siempre que podían, quedaban para tomar algo o ir de compras con la niña. Tardó en acostumbrarse a que llevaran guardaespaldas, pero ahora hasta les hacía bromas cuando los veía, diciendo que se sentía como la primera dama.

Después de estar hablando un rato con, ella frunció el ceño porque Denley no había vuelto y le extrañaba que Carol no se hubiera hecho cargo de la niña. Había nacido hacía cuatro meses y no podía despegarla de ella. Se levantó y se puso el pareo para entrar en su habitación por la puerta de la playa. Denley estaba sentado en la cama de espaldas a ella y parecía que miraba algo— ¿Qué haces?

Él se levantó y se volvió muy serio— ¿Qué es esto, nena?

Asustada vio que tenía en las manos el sobre amarillo que su padre había llevado a la casa después de que le investigaran y había sacado las fotos — Después del disparo papá te investigó.

Él apretó los labios dejando caer las fotos sobre la cama. Las mujeres que hacían de cebo quedaron a la vista— ¿Y pasé la prueba?

Ella se mordió el labio inferior. Tenía que decírselo, así que ese era tan buen momento como cualquiera— Sí, las pasaste casi todas.

— ¿Qué quieres decir?— puso los brazos en jarras mostrando ese pecho que la volvía loca pero no podía tocarle porque la cama estaba en el medio.

—Pues eso. Que las pasaste.

—Eso quiere decir que ha habido más que una. ¿Qué pruebas se supone que pasé?

—Bueno...— miró a su alrededor buscando una salida para que no se enfadara demasiado —Recuerda que me quieres. Mucho.

—Nena...

—Pues te pusieron a tiro unas chicas muy monas. — dijo señalando las fotos mirándole de reojo. Denley se cruzó de brazos y bufó— Y...

— ¡Termina de una vez!

—Y no cogiste el dinero que te ofrecí.

— ¿Cuándo me has ofrecido...?— entonces recordó— El bloqueo de las cuentas. ¿Estabas detrás de eso?— preguntó furioso.

—Fue papá. Yo no sabía nada. El abuelo lo hizo con él y lo repitió contigo. —levantó la barbilla— Y se ahorró la paliza.

— ¿Estáis locos?— Denley estaba asombrado. Ella le hizo ojitos— No me vas a camelar con eso.

Ella se llevó la mano al cuello y se desató el tirante del bikini— Con eso tampoco.

—Mi amor.... — dijo quitándose el pareo —Pasaste las pruebas. Eres el mejor.

—Por eso volviste la primera vez, ¿verdad? Porque era apto. — estaba molesto pero no dejarla de mirar sus pechos — ¿Y qué prueba no pase?

—Dime que me quieres. —dijo desatando el cordón de la cadera del bikini.

Él carraspeó antes de decir— Claro que te quiero. — se subió a la cama y pasó al otro lado, cogiéndola por la cintura pegándola a él y acunando un pecho.

Raychel cerró los ojos extasiada— Acabas de pasar la última prueba.

— ¿De veras? —la besó con pasión antes de apartarse y cogerla en brazos— Entonces tendrás que casarte conmigo.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Me faltabas tú” o “La joya del Yukón”. Próximamente publicará “Todo por la familia” y “La portavoz”

Si quieres conocer todas sus novelas en formato kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de cincuenta para elegir.

Sophiesaintrose@yahoo.es. También puedes seguirla en Facebook.